

## **ESPIRAL DE LA CONCIENCIA**

### **Visión holística del proceso evolutivo.**

Todo florecimiento se da a partir de una semilla, un núcleo que contiene en sí mismo la totalidad de los elementos necesarios para que ésta germine y se desarrolle hasta alcanzar su plenitud. Ante esta realidad innegable, que se observa en todos los seres vivos de la naturaleza, el enfoque holístico sostiene que el proceso evolutivo de la persona humana consiste en la transformación que se inicia en el momento de la concepción y progresa, secuencialmente, a través de diversas etapas que conducen a la plena maduración<sup>1</sup>, es decir, a la realización integral del potencial innato que reside en las dimensiones biológica, psicológica, social y trascendente propias de su naturaleza.

El proceso evolutivo así contemplado, incluye: a) el desarrollo físico, que se refiere a los cambios que el cuerpo sufre en su proceso de maduración (dimensión biológica), b) el desarrollo psicológico que incluye los cambios que ocurren en la personalidad del individuo, como resultado del desarrollo de las facultades cognoscitivas, así como del desenvolvimiento del mundo interno afectivo-emocional (dimensión psicológica), c) el desarrollo social en el que ocurren los cambios en la interacción e interrelación del individuo con los demás (dimensión organísmico-social) y d) el desarrollo espiritual o transpersonal que se refiere a los cambios que resultan de la integración de las polaridades, de la significación de los valores más elevados y de los procesos de identificación con... y de desidentificación de... los componentes de las dimensiones humanas anteriores (dimensión transpersonal). Estas transformaciones que tienden de manera natural hacia la autorrealización o la actualización de los dinamismos humanos fundamentales, se deben a los procesos de maduración y de aprendizaje.

Cuando el ser humano a lo largo de su vida ha sido capaz de realizar el potencial que reside en cada una de las dimensiones que conforman su naturaleza, se encuentra preparado para despertar a la Conciencia Trascendente. Este despertar conduce a la persona a cobrar consciencia de su ser real, completándose de esta manera el ciclo de la conciencia que consiste en la reunión del Alpha (Principio) y el Omega (Fin), y en la comprensión del misterio de la unidad en la multiplicidad. Teilhard expresa claramente este pensamiento cuando dice: "Interior a toda estructura y presente en todo el universo, la energía espiritual de convergencia se manifiesta por el movimiento de lo real, movimiento vital... hacia la unidad máxima y absoluta, que es Dios: ella transforma así la realidad en historia viviente, dirigida hacia un fin"<sup>2</sup>. Los horizontes de la conciencia de sí mismo se van expandiendo a medida en que

---

<sup>1</sup> La maduración, desde esta óptica, se contempla como el cambio que ocurre natural y espontáneamente

<sup>2</sup> Rideau, 1968. p. 154.

se trascienden las fronteras entre los diversos niveles de desarrollo que, secuencialmente, van de lo menos a lo más inclusivo.

A partir de la perspectiva holística, retomamos el pensamiento Amazihuatl quien al referirse al origen del ser humano se expresa diciendo:

"Venimos de tiempos tan remotos como el Alpha, tan inmemoriales como el sol y la tierra, como el Universo entero. Venimos del Ser único, suprema fuerza creadora, principio y fin de todas las cosas. Venimos de la Unidad que todo lo contiene para iniciar aquí, en la Tierra, nuestro proceso evolutivo hacia lo Sagrado. Poseemos, desde el nacimiento, una energía que nos impulsa a despertar a una realidad trascendente, una fuerza sobrenatural orientada hacia la unidad original de la que hemos nacido"<sup>3</sup>.

Antes de pasar a la descripción de las etapas del proceso evolutivo que propone la Espiral de la Conciencia, se considera conveniente señalar que, con el objeto de estudiar y comprender el complejo fenómeno humano y así poder explicar los procesos de aprendizaje, desarrollo, autorrealización y trascendencia que la persona humana vive a lo largo de su existencia, lo que en sí mismo constituye una unidad armónica, necesita ser dividido tanto en etapas secuenciales, como en lo que distintos teóricos han llamado: niveles, grados o esferas. Por lo tanto, al analizar cada una de las partes en que se divide al hombre para su estudio ha de tenerse en mente que: (a) éstas no constituyen bloques separados, sino procesos continuos en los que la etapa anterior se integra a la siguiente ampliando lo ya existente, (b) no se trata de etiquetas que puedan aplicarse directamente a todos los individuos por igual. La unicidad y singularidad de la persona impide elaborar una propuesta única e inflexible sobre su ser, su crecer, su estar y su actuar en el mundo. En otros términos, las proposiciones que aquí se presentan, no pretenden encasillar a la persona y sus procesos individuales de desarrollo y (c) no se presentan como una teoría cerrada y rígida sino que permanecen abiertas a nuevas propuestas y a nuevos descubrimientos sobre el fenómeno humano que, por su naturaleza dinámica, es indefinible, impredecible y trascendente.

Cada una de las esferas de conciencia en las que este proceso se divide tiene una relación estrecha con las etapas evolutivas del crecimiento, es decir, corresponde a una edad específica. Sin embargo, este paralelismo no se da de manera espontánea sino que depende de una serie de factores, entre los que se encuentran: el medio ambiente circundante, el estado de salud física y mental del individuo, las experiencias e historia de vida personal y las actitudes de apertura al diálogo, al cambio y a la experiencia entre otros. Por lo tanto, no es posible determinar el grado de desarrollo de la conciencia a partir de la edad cronológica de un individuo. Tener 25 o 60 años no es garantía de haber logrado

---

<sup>3</sup> Amazihuatl. (1992).

el desarrollo de la conciencia que esta edad supone. A este respecto, González-Garza se expresa diciendo:

"La infancia, niñez, adolescencia, adultez, tercera edad y vejez, como etapas del desarrollo, tienen una correlación con los niveles de conciencia, cuando no se presentan obstáculos o sucesos que impiden o aceleran el proceso... Se sabe que independientemente de la edad, el individuo puede encontrarse en una etapa de desarrollo físico, mental, emocional, orgánico o espiritual inferior o superior al que le correspondería cronológicamente hablando. La carga genética, la influencia (no determinante) del medio ambiente, la experiencia personal que la vida imprime en cada ser humano y la salud física o psicológica, entre otros elementos, si bien no condicionan al hombre, sí influyen en el desarrollo de la personalidad y en la expansión de su conciencia"<sup>4</sup>.

Todo proceso requiere atravesar por varias etapas. Piaget<sup>5</sup> sostiene que el niño necesita pasar por diversos estadios para desarrollar los procesos de pensamiento del adulto. El niño y el adulto piensan diferente, debido a que a lo largo de la vida, los procesos de pensamiento van cambiando de manera gradual y radical y a que el niño necesita cruzar por una serie de fases para desarrollar los procesos de pensamiento del adulto. La percepción que el niño tiene de la realidad -tanto interna como externa-, así como las herramientas mentales con las que cuenta, influyen en su proceso de aprendizaje. Por lo tanto, los procesos distintos para llegar a resolver una problemática cualquiera, dependen directamente de la fase de desarrollo en la que el individuo se encuentra. Por ejemplo, un niño podrá responder cuanto es  $3 \times 10$  contando con sus dedos y de uno en uno, sumando diez veces el tres o simplemente añadiendo un cero al tres para saber que la respuesta es 30.

Desde la perspectiva teilhardiana y wilberiana, el proceso evolutivo se describe como un movimiento continuo, ascendente y envolvente que, atravesando por diversas etapas y esferas de conciencia, van de lo menos a lo más inclusivo. El primero ubica el inicio de la evolución de la conciencia humana en el fenómeno al que se refiere como dualismo primario, es decir, el momento en el que se establece la dualidad sujeto-objeto (el que conoce y lo conocido). El segundo, sitúa el punto de arranque de la conciencia humana en el salto individual y súbito que, en el proceso de centro-complejidad, va del instinto a las primeras manifestaciones del pensamiento. En uno y otro caso, se observa que a partir del momento en que aparece la dualidad yo/no-yo, se inicia una nueva etapa en la que la conciencia humana se desenvuelve a través de un impulso semejante al movimiento de una espiral. De aquí, que la propuesta sobre la Espiral de la Conciencia, sostenga que ésta se encuentra estrechamente ligada con el incremento correlativo del psiquismo o en otras palabras el progreso de la cerebralización, cuya manifestación más elevada se presenta en el ser humano.

---

<sup>4</sup> González Garza. 2005. p.304.

<sup>5</sup> Piaget. 1954.

Esto significa, como ya ha sido mencionado, que todo ser vivo posee un determinado grado de conciencia o de psiquismo, un "dentro" que se va ampliando en la medida en que los organismos van siendo más complejos, más centrados, mayormente organizados. Es decir, cuando la materia se concentra en agrupamientos superpuestos cada vez más complejos, más ordenados, más ricos y más centrados en torno a su núcleo o centro, ésta se va coronando con franjas más luminosas de conciencia y, consecuentemente, de libertad. Desde esta perspectiva, la Espiral de la Conciencia aborda el tema sobre la evolución de la conciencia humana no a partir del nacimiento -como suelen plantearlo algunas teorías evolutivas - sino de su origen primario: el Alpha teilhardiano. Es decir este enfoque sostiene que desde el momento de la concepción el poder creativo de la naturaleza llama a la conciencia, pero en la alborada del ser, aún no existe la consciencia de esa voz que le atrae, que le reclama.

La propuesta humanista contemporánea parte de la tesis que sostiene que todo ser humano posee una tendencia natural hacia la unidad, la armonía y la trascendencia. Por lo tanto, desde esta óptica, el desarrollo se compara al movimiento continuo, ascendente y envolvente de una espiral que en cada giro se amplía y abraza un nuevo espacio desplazándose en círculos que van de lo menos a lo más inclusivo, es decir de menor a mayor consciencia de sí mismo. La evolución de la conciencia humana parte del dualismo primario que se genera en el instante en que ésta, separándose de la unidad original, crea la dualidad sujeto-objeto, como lo plantea Wilber o, a partir de la emergencia de a las primeras manifestaciones del pensamiento, como lo propone Teilhard. En uno y otro caso, se observa que a partir del momento en que aparece la dualidad yo/no-yo, se inicia una nueva etapa en la que la conciencia humana se desenvuelve a través de un impulso semejante al movimiento de una espiral. Desde esta óptica, la dualidad primaria constituye el primer eslabón de una larga cadena de fronteras que el individuo establece entre aquello que cree ser (auto-imagen o autoconcepto) y lo que en realidad es en esencia. Esta primera dualidad constituye el primer eslabón de una larga cadena de fronteras que el individuo establece entre aquello que cree ser (auto-imagen o autoconcepto) y lo que en realidad es en esencia.

Las fases evolutivas que corresponden a cada una de las etapas de desarrollo son: (a) cuadrante arcaico, etapa pleromática, (b) cuadrante biológico, etapa de diferenciación, (c) cuadrante psicológico, etapa de individualización, (d) cuadrante personal, etapa de humanización, (e) cuadrante organísmico-social, etapa de unanimización y (f) cuadrante transpersonal, etapa de planetización. El tránsito a lo largo de este proceso, cuando no ha sufrido distorsiones que impidan su desarrollo natural, conduce al despertar a la conciencia trascendente que no constituye una etapa ni una esfera más por tratarse del Punto Omega que reúne, armoniza y energiza lo universal en su totalidad. A continuación se describe cada una de las fases de desarrollo que el humanismo contemporáneo plantea:

**Esfera pre-post natal.  
(Nivel Pleromático - Etapa Indiferenciación).**

Esta etapa comprende la vida intrauterina y los primeros meses después del nacimiento en los que el recién nacido permanece inmerso y confundido con la totalidad universal. Piaget sostiene que durante los primeros meses de vida, el yo material se encuentra confundido con el mundo de la materia, es decir, para el recién nacido, un término es indistinguible del otro. En este mismo sentido, Loevinger<sup>6</sup> afirma que no es posible considerar que el niño al nacer tenga ya un ego y que por lo tanto, su primera función consiste en aprender a diferenciarse del medio que le rodea. En este mismo sentido, Bertalanffy<sup>7</sup> considera que esta fase del desarrollo es la más primitiva debido a que el recién nacido no experimenta diferencia alguna entre el mundo exterior y el ego. Este autor sostiene que el niño no distingue su yo de las cosas externas y lentamente va aprendiendo a discernirlas. Cuando Wilber escribe esta fase evolutiva, sostiene que en este estadio el bebé se encuentra fundido y confundido con la totalidad del universo sin ser capaz aún de distinguir el yo/del no-yo. Es decir, diferenciar el cuerpo del medio circundante o el sujeto del objeto. En otras palabras, se encuentra en una total fusión con el mundo físico, en un estado al que Wilber se refiere como inconsciente arcaico por tratarse de la forma más primitiva en la que las estructuras embrionarias más tempranas se encuentran próximas a emerger a la conciencia. Teilhard, por su parte, se refiere a este momento como aquel en el que se está preparando el tránsito de la vida animal no reflexiva, a la vida humana reflexiva, es decir, este momento de la vida se sitúa en el comienzo de un ciclo al que este pensador denomina: hominización.

Las funciones y procesos biológicos que corresponden a este estadio de la vida del infante incluyen procesos somáticos, instintos y percepciones simples, así como sensaciones y emociones elementales. Esta etapa se caracteriza por un absoluto adualismo oceánico y autístico; pre-espacial y pre-temporal en el que no existen objetos, ni factores motivacionales. Como ya ha sido mencionado, el ser humano, al igual que todo organismo vivo, posee desde su nacimiento, un impulso natural hacia la satisfacción de las necesidades básicas fisiológicas descritas por Maslow<sup>8</sup>. Cuando éstas alcanzan su satisfacción, producen una sensación de tranquilidad y de placer a la que Sullivan<sup>9</sup> se refiere como euforia. En contraposición a esta sensación de bienestar profundo, el bebé experimenta ansiedad cuando al no verse satisfechas estas necesidades le llevan a vivir momentos de tensión y de incomodidad. En esta primera fase el desarrollo se encuentra cimentado en la información que el recién nacido obtiene a través de los sentidos, así como por medio de los movimientos y acciones de su cuerpo, con el cual se encuentra plenamente identificado. La sobrevivencia es el factor motivacional por excelencia que mueve al bebé hacia la gratificación de sus necesidades primarias.

---

<sup>6</sup> Loevinger, J. 1976.

<sup>7</sup> Bertalanffy, L. Von. 1964.

<sup>8</sup> Maslow. 1973.

<sup>9</sup> Sullivan. 1953.

La conciencia, en este estado primitivo y reducido, es capaz de percatarse de sucesos tales como: ruidos, movimiento, luz y agresión, a los que el individuo reacciona. La percepción del neonato siendo inespacial, atemporal e inobjetiva, le permite advertir sensaciones tales como: hambre, frío y dolor, así como de las emociones primarias: el miedo, el placer y el displacer. De la adualidad absoluta del yo pleromático en el que no existe rastro de fronteras significativas, se pasa al reconocimiento muy primitivo de que existe algo distinto afuera de sí que aparece a las pocas semanas del nacimiento. En este momento, apunta Wilber<sup>10</sup>, surge el yo urobórico que se ubica a principios de la fase oral infantil y se encuentra dominado por lo que este autor denomina psicología visceral<sup>11</sup> que se caracteriza por la sensoriomotricidad primitiva, la euforia oceánica, el instinto primario de supervivencia, el temor primordial y los reflejos alimentarios.

El estilo cognoscitivo, eminentemente sensorial, se caracteriza por la ausencia de factores motivacionales conscientes. El yo, se encuentra latente en un estado oceánico al que el investigador Neumann se refiere como "la etapa pleromática de perfección paradisíaca del innato, la etapa embriónica del ego, que una conciencia posterior contrastará con el sufrimiento del ego inautárquico (separado) en el mundo"<sup>12</sup>. En esta fase, la conciencia humana se encuentra confundida con la totalidad y las potencialidades propias de las dimensiones que conforman la naturaleza humana se encuentran latentes y presentan una estructura arreflexiva no centrada, simple y, por lo tanto, no consciente. Este cuadrante corresponde al nivel de conciencia constituye la más simple y reducida manifestación de autoconsciencia, al que se ha denominado conciencia arcaica o natural cuyas características esenciales son: la percepción sensorial (hambre, frío, dolor físico, etc.) y la indiferenciación.

En esta etapa, la conciencia se encuentra inmersa y fundida en la totalidad a la cual nos referimos como Alpha por tratarse de su principio y origen. Dentro de la esfera denominada arcaica o conciencia natural, se encuentran, en potencia y sin orden u organización, las dimensiones biológica, psicológica, social y espiritual que conforman la naturaleza humana.

Wilber se refiere a esta etapa diciendo:

“Se acepta por lo general que el niño inicialmente es incapaz de distinguir el yo del no-yo, el sujeto del objeto, el cuerpo del medio ambiente; lo que equivale a decir que el yo en sus primeras etapas constituye literalmente una unidad con el mundo físico... Esta etapa inicial de unidad material, que Piaget denomina ‘protoplásmica’, es a lo que hemos llamado pleromática y urobórica. ... Es a partir de este estado de fusión primordial

---

<sup>10</sup> Wilber. 1989. p. 26.

<sup>11</sup> La psicología visceral de acuerdo a Wilber se refiere a la naturaleza inconsciente, la fisiología, los instintos, la percepción mesozoica y las descargas emocionales más rudimentarias.

<sup>12</sup> Neumann, E. 1973.

... de donde emerge el yo independiente que, como afirma Freud, se manifiesta en primer lugar como cuerpo, como yo corporal”<sup>13</sup>.

Esta fase se trasciende en el momento en que el infante empieza a darse cuenta de que los objetos que le rodean -incluyendo entre estos a las personas- tienen una existencia separada. La consciencia dual, como ya se ha mencionado, emerge en el momento en el que aparece la dualidad primaria sujeto-objeto, iniciándose con ello el proceso evolutivo de la conciencia.

Entre las características más relevantes se encuentran: Indiferenciación, adualismo, autismo, atemporalidad y aespacialidad. El ego se encuentra en un estado latente, embrionario, oceánico o autístico. No existe la consciencia de sí mismo, ni de los objetos, tampoco existe separación alguna con el medio ambiente que le rodea. Corresponde a las primeras semanas de vida del neonato. La realidad se percibe a través de la experiencia sensorial. Se ubica en un espacio pre-temporal, en cuanto a que las experiencias son indefinidas e ilimitadas,

En esta fase evolutiva no existe la consciencia de valor, sin embargo, tanto el nonato como el neonato luchan por la sobrevivencia, por lo que el valor que se encuentra detrás de esta necesidad primaria es la vida.

### **Esfera Biológica. (Nivel Arcaico - Etapa Hominización<sup>14</sup>).**

Esta fase corresponde al nivel considerado como el más simple y reducido de auto-consciencia en el que el proceso de diferenciación sujeto-objeto es aún muy primitivo. Este se encuentra descrito por Mahler<sup>15</sup> en su propuesta sobre la diferenciación entre el self y las representaciones objetales en sus diversas fases que ubica entre los 5 a los 36 meses, a través de los cuales el infante adquiere un desarrollo psicológico que se caracteriza por la consolidación y la constancia del objeto emocional. Erikson<sup>16</sup> se refiere a este momento como la etapa de satisfacción vs. insatisfacción que juega un importante papel en el proceso de desarrollo psicoafectivo. Desde los primeros meses de vida, el niño empieza a desarrollar un sentimiento de confianza o de desconfianza en sí mismo y en los demás, dependiendo del grado en el que el medio ambiente y las figuras de autoridad que le rodean le permiten lograr la satisfacción de sus necesidades fisiológicas y psicológicas básicas. La atención y el cuidado que los padres o sustitutos prestan al niño, así como su sensibilidad unida a la firmeza y a un profundo respeto, son elementos que influyen en el desarrollo afectivo emocional. Ante las distintas sensaciones que su cuerpo registra, el niño empieza a manifestar a través del llanto, de la risa y de sus movimientos, las

---

<sup>13</sup> Ibid. p. 42.

<sup>14</sup> La hominización se refiere a la etapa evolutiva que se encuentra regida por los impulsos e instintos.

<sup>15</sup> Mahler, M., Pine, F., & Bergman, A. 1975.

<sup>16</sup> Wilber. 1985.

emociones primarias que experimenta. La interacción que entabla con el medio ambiente circundante le conduce a establecer las primeras demarcaciones entre el mundo del ser y el mundo del no-ser, es decir, entre lo que considera que es propio de un yo que apenas inicia su proceso de cristalización y lo que deja en el mundo externo por no sentir que forma parte de su sí mismo (*self*). Esta interacción constituye un elemento de gran importancia para la estructuración de lo que más tarde reconocerá como su propia identidad (autoimagen).

Desde la perspectiva wilberiana, en este estadio evolutivo, el yo "... pertenece a una mente todavía no desarrollada, que opera sólo con imágenes, sin diferenciarse del cuerpo; de ahí el yo corporal... un yo rudimentario identificado todavía con las funciones corporales en su conjunto y con la unidad de los órganos... El ego corporal, está dominado por estímulos instintivos, impulsos, el principio del placer, y estímulos y descargas involuntarios; es decir, todos los impulsos y procesos primarios propios del ello... Esta es la razón por la que el ego corporal recibe también el nombre de 'yo tifónico', ya que el tifón, en la mitología, es mitad humano y mitad serpiente (uroboros). Éste, " que aparece con la emergencia del yo orgánico corporal y presenta tres subetapas: (a) el cuerpo axial que se refiere al momento en el que el cuerpo físico se contempla como algo distinto del mundo externo, del ambiente físico, (b) el cuerpo práxico que emerge en el momento en el que aparecen las emociones más simples: la ira, el temor, la tensión, el apetito y el placer o el displacer que se caracterizan por su corta duración debido a que esta subetapa se limita al presente inmediato y, como consecuencia de esto, tiende a descargar inmediatamente la o las emociones que se experimentan y (c) el cuerpo imagen que marca un punto decisivo en el desarrollo de la conciencia, presenta manifestaciones o representaciones del cuerpo físico que conducen a la constitución del concepto del yo que se centra en lo corporal, y que tiene una importancia fundamental para la futura formación del ego. Wilber plantea que en esta fase evolutiva, "el niño acepta, de un modo implícito y sin reflexionar, que lo que experimenta es lo natural. No existe un proceso progresivo de actividad simbólica y no caben las inferencias. La experiencia se asume como momentánea, como estados (del yo corporal) orgánicos desconectados"<sup>17</sup>. Es decir, debido al carácter prelógico del yo tifónico, a la identificación con el yo corporal y a la emergencia de las imágenes el niño -o el adulto en su caso<sup>18</sup>- experimenta, por un tiempo más prolongado, no sólo la urgencia de satisfacer sus necesidades básicas sino también sus deseos. El tifón, por consiguiente, aun siendo muy primitivo y rudimentario, representa la trascendencia del antiguo incrustamiento pleromático y urobórico... y supone la primera expresión de individualidad"<sup>19</sup>.

La esfera biológica, que en esta etapa adquiere primacía, se rige por el principio del placer descrito por Sullivan, siendo el egocentrismo una de sus

---

<sup>17</sup> Ibid. p. 37.

<sup>18</sup> Cuando el individuo no ha sido capaz de desidentificarse del yo tifónico y, por lo tanto, de trascender esta etapa del desarrollo, continúa presentando los comportamientos y actitudes que corresponden a esta etapa evolutiva.

<sup>19</sup> Wilber. 1989. p. 42.



características más fuertes. La conducta se encuentra motivada por las necesidades básicas fisiológicas y las afectivo-emocionales primitivas propuestas por Maslow, y corresponde a la etapa sensoriomotriz que propone Piaget. En esta fase evolutiva, las imágenes iniciales en relación al sí mismo se reducen al "yo cuerpo", "yo bueno", "yo malo" y "no-yo". A medida que pasan los meses, el infante se va dando cuenta del control que va adquiriendo sobre su cuerpo y sus movimientos, experimentando un gran gozo ante las manifestaciones de las flamantes facultades sensoriomotrices que posee. Por lo tanto, el yo mismo se identifica plenamente con el cuerpo y con los elementos, funciones y necesidades de las que, como ya se ha mencionado, se desprenden las motivaciones y los valores correspondientes a esta etapa en la que el infante empieza a llevar a cabo acciones deliberadas, aunque aún carentes de lógica (pre-lógicas), que pretenden un objetivo particular. Por ejemplo, es capaz de accionar una sonaja o de llevarse el biberón a la boca y detenerlo, pero aún no posee las herramientas mentales suficientes, ni ha desarrollado estrategias sistematizadas o esquemas que le permitan realizar tareas más complejas, como la de destapar un frasco o manipular juguetes que requieran de otro tipo de esquemas mentales y de habilidades motoras más finas.

El estilo cognoscitivo propio primera etapa del desarrollo del pensamiento se centra en llevar a cabo la primera diferenciación sujeto-objeto. El mundo de las imágenes hace su aparición hacia el séptimo mes, pero a partir de ese momento éstas comienzan a entrar de manera decisiva a la conciencia y a los dos años, pasan de su fase sensoriomotriz a la que Piaget denomina la etapa preoperacional. Ésta se inicia con el proceso gradual de desarrollo del lenguaje, así como de la capacidad para pensar en forma simbólica. Es el momento en el que las acciones u operaciones que el niño realiza empiezan a tener un carácter mental más que físico. De acuerdo con Piaget, la etapa preoperacional se distingue por una forma de pensamiento unidireccional, cuya lógica se dirige en el sentido de la actividad, sin la posibilidad de revertir los pasos.

El desarrollo durante los primeros tres años de vida es sorprendentemente acelerado. A lo largo de esta etapa el niño va experimentando sentimientos de: miedo, afecto, celos, cólera, inseguridad, satisfacción e insatisfacción, ansiedad, tranquilidad y simpatía. Al mismo tiempo, va descubriendo al yo y al tú, así como cobrando consciencia de lo mío. Esto, le conduce a desarrollar el sentido de propiedad que incluye tanto a las cosas como a las personas que le significan y le lleva a defender lo suyo, a costa de lo que cueste y con todas las manifestaciones de fuerza que posee. El niño, se vive como centro del mundo. Este egocentrismo, absolutamente natural en este estadio evolutivo, le conducen a tratar de complacer a las figuras de autoridad que le son significativas y a observar los signos de aprobación o de rechazo, que actúan como reforzadores de sus conductas, aprendizajes y actitudes. A las demostraciones de aceptación y de cariño o de rechazo y falta de manifestaciones amorosas, el niño les asigna un valor tal, que le llevan a ignorar las voces del impulso, es decir, sus propias necesidades, separándose de sí mismo y adaptándose a vivir de acuerdo a la

valoración externa, así como a los convencionalismos sociales y los valores que le son introyectados. Este hecho va a constituir una fuerte influencia en el desarrollo de la personalidad, así como en la adaptación e interacción a la sociedad. Cuando el egocentrismo y las necesidades de posesión, aceptación, seguridad y reconocimiento no se trascienden con la edad, el individuo vive y genera una gran cantidad de conflictos interpersonales que afectan seriamente su proceso autorrealizante.

A su corta edad, el infante tiene ya un cierto sentido de la estética y lo manifiesta gozando de la música y distinguiendo lo que le gusta de lo que le disgusta. Un juguete que los padres consideran que le hará feliz, puede no atraer en lo absoluto su atención pero, en cambio, sentirse verdaderamente entusiasmado por la caja en la que el juguete venía empacado.

En esta fase evolutiva la dimensión biológica se presenta como la figura principal que, en su interior, contiene las esferas psicológica, social y trascendente que, en estado latente, aun presentan una desorganización o descentración. En términos guesálticos se puede decir que la persona en este estadio evolutivo, centra su identidad en la dimensión biológico-material que se constituye como figura, dejando al resto de las dimensiones en el fondo. En esta etapa la conciencia de sí mismo (yo), se encuentra ya separada de la totalidad que se convierte en lo otro, lo que queda fuera de sí, el mundo del no ser.

Desde esta perspectiva, el proceso de individuación<sup>20</sup> al que Teilhard hace referencia, constituye el primer eslabón de la cadena evolutiva de la conciencia individual, en su camino hacia la trascendencia. El ego naciente, se aferra a su ser limitado por temor a ser despojado de un sí mismo que apenas se cristaliza.

Las características más relevantes que distinguen a esta etapa son: (a) emerge la conciencia corporal que presenta una inteligencia sensorio-motriz, por lo que la identificación personal se ubica en el cuerpo, sus funciones, necesidades y motivaciones, (b) se establecen las primeras fronteras entre el mundo del ser y el mundo del no ser y el ego naciente se encuentra disperso en el mundo de los fenómenos, (c) el pensamiento se distingue por ser mágico, pre-lógico, dual e instintivo y el modo de acceder al conocimiento es empírico-sensorial. (d) no existe, en esta fase, una línea clara entre la realidad y la imaginación y se aceptan las cosas tal y como se presentan, sin ponderar sus conexiones causales. (e) el sujeto actúa por imitación de las figuras de autoridad que le son significativas y atractivas. (f) presenta sentimientos y emociones primarias tales como: miedo, temor, celos, inseguridad, ansiedad, afectos condicionados celosos, simpatía/antipatía y alegría; y sus reacciones tienen un carácter eminentemente visceral. (g) la vida emocional es inestable, ya que se fundamenta en la resonancia emotiva, por lo que el individuo se encuentra necesitado de protección. (h) sus relaciones con otras

---

<sup>20</sup> La individuación en este contexto significa el proceso de interiorización progresiva en la conciencia de cada ser humano.

personas tienen un carácter objetual y centradas en sí mismo.(i) se le dificulta ver y aceptar el punto de vista de los demás. (i) experimenta una fuerte necesidad de ser reconocido, de ser el centro de atención, debido principalmente a que el núcleo o "locus" de valoración se ubica en el exterior.

Los valores que se experimentan en esta etapa son: la sobrevivencia, la conservación, la homeostásis, el placer (satisfacción de necesidades y evitación del dolor y de la tensión), así como el poder y la acumulación de seres y objetos, porque en la medida en que se domina el medio ambiente y se poseen personas y cosas la autoestima y autovaloración se afirman. El locus o centro de valoración es externo.

### **Esfera Psicológica. (Nivel Egocéntrico - Etapa Humanización<sup>21</sup>).**

Esta fase se ubica aproximadamente entre los cuatro y los siete años de edad y el principio rector que le es propio es el de individuación<sup>22</sup> planteada por Teilhard y que consiste en el tránsito de la identificación con el ego corporal a la identificación con el ego mental-racional. Este proceso comprende tres fases: (a) la diferenciación entre cuerpo y mente, (b) la trascendencia del cuerpo y (c) la capacidad de operarlo, controlarlo y dirigirlo. El individuo, al cobrar mayor consciencia de sí mismo y de la realidad que percibe, así como de la influencia que ésta tiene en su vida, rige sus acciones más en consonancia con ésta que con sus necesidades y deseos que aprende a relegar o, en el peor de los casos, a reprimir con la finalidad de ser aceptado y amado. Haciendo un paralelismo con la propuesta evolutiva del cosmos que Teilhard plantea, esta fase individual de desarrollo tiene una estrecha correspondencia con la emergencia del pensamiento, es decir, de la noosfera a la que este pensador describe a partir de la definición de los tres grandes campos que la constituyen: (a) el aparato hereditario, (b) el aparato mecánico y (c) el aparato cerebral.

Al completarse, en la etapa previa, el desarrollo sensoriomotriz en el que la inteligencia no se ha desarrollado lo suficiente para realizar operaciones que requieren de planeación o para dar un seguimiento a la información, en esta fase se inicia el desarrollo del pensamiento lógico que se caracteriza por acciones u operaciones mentales y no sólo físicas como en el período anterior. Conviene señalar que si bien el niño no ha llegado aun al nivel ego-persona que marca el inicio de los reinos egóicos, ya existe un incipiente concepto del yo que, como se ha mencionado anteriormente, se encuentra identificado con las funciones corporales en su conjunto, así como con la unidad de los órganos de su cuerpo y, por lo tanto, centrado en lo corporal. Este yo imagen se constituye como fundamento y sustento de la futura formación del ego. En esta fase evolutiva, el desarrollo cognoscitivo que corresponde a la etapa que Piaget denomina la fase

---

<sup>21</sup> La humanización se refiere a la etapa evolutiva en la que surge la capacidad de razonamiento.

<sup>22</sup> Desde la perspectiva teilhardiana, la individuación se caracteriza por la separación del individuo de los demás y por el aislamiento del centro consciente individual.

de las funciones pre-operacionales, con las que se inicia la capacidad de la formación y la utilización de los símbolos, así como de las imágenes. En este momento, el niño es capaz de imaginar objetos que no se encuentran presentes con una precisión tal que le permiten formarse una idea correcta de permanencia objetal. Gardner<sup>23</sup> se refiere a esto diciendo que el niño ha logrado adquirir el conocimiento de que el mundo se compone de objetos substanciales de existencia permanente, susceptibles de ser manipulados y transformados de modos diversos, sin que pierdan su identidad. Gradualmente, pasa del mundo de las imágenes mágicas a una forma de pensamiento verbal, lineal, sintáctico y realista. A este respecto, Von Bertalanffy declara que:

"Entretanto, se ha desarrollado la facultad específicamente humana del habla y las actividades simbólicas en general. Nos hallamos ante una fase mágica, en la que todavía persisten las experiencias anímicas, pero con un importante elemento adicional: el ser humano ha adquirido el poder del lenguaje y de otros símbolos. Sin embargo, todavía no distingue con claridad entre dichos símbolos y lo que representan. De ahí que, en cierto modo, el símbolo es la cosa representada y la manipulación de dicha imagen simbólica confiere poder sobre el objeto en cuestión. Los salvajes, los niños y los neuróticos regresivos utilizan un sinnúmero de rituales para ejercer dicho control mágico"<sup>24</sup>.

En la medida en que se logra el dominio del lenguaje, los procesos imaginativos y simbólicos dan origen al proceso de las operaciones compuestas, que son las que permiten operar no sólo con lo que se capta inmediatamente por los sentidos en el momento presente, sino también con respecto a lo pasado, a lo futuro, a lo ausente, a lo posible y a lo fantástico. Esto conduce al niño a ir más allá del mundo reducido de su entorno concreto para penetrar a otro mucho más amplio, enriquecido por el sentido común de la comunidad. El ingreso al mundo de las ideas, de los conceptos y de los símbolos, así como la comprensión de los procesos de causa y efecto, los de la síntesis y de la lógica, da lugar a una diferenciación entre las operaciones inmediatas propias del bebé y las mediatas, en las que el mundo se ve mediado por la significación. En este mismo sentido, Wilber<sup>25</sup> sostiene que esta fase evolutiva implica una expansión de la conciencia que crea un espacio perceptual que se extiende mucho más allá de la simple percepción sensorial debido a la emergencia del lenguaje. Desde esta óptica, la esfera psíquica se caracteriza por emergencia de la cognición social<sup>26</sup> y el desarrollo del pensamiento lineal verbal. Wilber resume las características del yo social diciendo:

---

<sup>23</sup> Gardner. 1972.

<sup>24</sup> Von Bertalanffy. 1964. p. 48.

<sup>25</sup> Wilber. 1989.

<sup>26</sup> En este contexto, la cognición social no se refiere a la adquisición de una conciencia social sino al hecho de la influencia que el entorno ejerce en el niño en lo que se refiere a la construcción de la sintaxis y de la percepción del mundo que le rodea, al que aprende a llamar realidad.

“Conforme se desarrolla el lenguaje, el niño se ve trasladado hacia el mundo de los símbolos, las ideas y los conceptos, elevándose gradualmente por encima del simple, instintivo, inmediato e impulsivo ego corporal.... Por consiguiente, el lenguaje es a su vez el medio de *trascender* el simple mundo presente... A través del lenguaje de sus estructuras simbólico temporales, uno puede postergar las descargas inmediatas de los simples impulsos biológicos. Se deja de estar totalmente dominado por exigencias instintivas, ya que hasta cierto punto uno pasa a ser capaz de *trascenderlas*. Esto simplemente significa que el yo comienza a diferenciarse del cuerpo y a emerger como ente *mental*, verbal o sintáctico”<sup>27</sup>

Este salto cuántico en el proceso evolutivo expande significativamente la conciencia al hacer posible la diferenciación entre el cuerpo y la mente. A partir de este momento la conciencia de sí mismo inicia su camino de desidentificación del cuerpo y pasa de ser un ego corporal para contemplarse como un ego mental-racional en la que, a través de la mente verbal, el yo deja de estar atado y encadenado tanto al cuerpo, como al tiempo presente, perdiendo con esto su miopía y la dependencia exclusiva de su percepción. Este proceso comprende tres fases: (a) la *diferenciación* entre cuerpo y mente, (b) la *trascendencia* (ir más allá) del cuerpo y (c) la *capacidad para operarlo, controlarlo y dirigirlo*. El descubrimiento del ego mental y la identificación con éste sienta las primeras bases de la voluntad y de la elección autónoma. El niño es capaz de interesarse mayormente por los conceptos que por las cosas, así como de ejercer control sobre el tiempo y su estructuración en pasado y futuro.

El desarrollo cognitivo en esta etapa de la vida humana, tiene una influencia decisiva en el proceso de desarrollo afectivo-emocional en el que, como Arieti lo expresa, "...los conceptos penetran la imagen del yo y, en gran medida lo constituyen"<sup>28</sup>. Es decir, entre las fuerzas poderosas y emotivas que motivan o perturban a los seres humanos se encuentran muchas contenidas o incluso engendradas por complejos procesos simbólicos. Los sentimientos conceptuales del individuo que son significados personales de autoidentidad, de su papel en la vida o de autorespeto, no podrán existir sin estos complejos constructos cognitivos. Los conceptos penetran la imagen del yo y, en gran medida, la constituyen. Erikson<sup>29</sup> sitúa estos procesos socio-afectivos en una fase que denomina "iniciativa vs. culpa". En ésta, el niño experimenta el deseo de realizar actividades nuevas y de explorar distintos caminos. Sin embargo, sus iniciativas se enfrentan con frecuencia a la reprobación por parte de las figuras de autoridad que le son significativas, enfrentándose por primera vez a las prohibiciones tajantes y a los sentimientos de culpa. No obstante, con la adquisición del lenguaje, el niño descubre la posibilidad del diálogo intra e interpersonal que, acompañado de sus correspondientes afectos, imágenes y

---

<sup>27</sup> Ibid. p. 56.

<sup>28</sup> Arieti, S. 1967.

<sup>29</sup> Erikson. 1963.

sentimientos, le permiten interactuar de manera diferente con sus padres o sustitutos, pero a la vez le conducen a introyectar estas figuras de autoridad, comenzando así a gestarse el proceso de autocontrol. Por ejemplo, cuando el niño recibe repetidamente un regaño o castigo por alguna de sus iniciativas, pronto aprenderá a regañarse y castigarse a sí mismo, por el sentimiento de culpa que experimenta. Asimismo, cuando su iniciativa es aceptada y premiada, él se felicitará. La necesidad que el niño vive de aceptación de sus iniciativas y contribuciones no es otra cosa más que el deseo de sentirse útil y de tener algunas responsabilidades propias. Por lo tanto, como Rogers<sup>30</sup> lo afirma, cuando el niño se encuentra en un medio ambiente de aceptación positiva incondicional, de comprensión empática y de congruencia por parte de los padres o educadores, el potencial latente en sus dimensiones humanas se desarrolla naturalmente, es decir no se ve obstaculizado por presiones externas. En otras palabras, el desarrollo adecuado durante este momento de la vida, se basa en el sentimiento de ser aceptado por lo que se es y tal como se es, de lo contrario, se experimentan sentimientos de rechazo y de culpa que generan inseguridad y ansiedad. Sin embargo, es importante señalar que, si bien estas experiencias tienen un impacto y una influencia significativa en el proceso evolutivo del individuo, no lo determinan como lo plantean los enfoques psicoanalítico y conductual, debido a que la persona humana posee la libertad y la posibilidad de elegir, así como el potencial y la capacidad de trascender sus limitaciones, experiencias y aprendizajes.

Las imágenes que el niño percibe aumentan considerablemente la vida emocional y la motivacional. Esto hace posible que sea capaz de reaccionar no sólo ante los objetos, las personas o los sucesos que se encuentran presentes, sino que lo hacen ante la simple imagen de estos. Este hecho, sostienen Fairbairn<sup>31</sup> y Fenichel<sup>32</sup>, significa que una imagen particular es capaz de evocar los mismos tipos de emoción y sentimiento que el propio objeto o persona provoca cuando se encuentra presente.

En esta etapa, al igual que en la anterior, el niño se centra en sí mismo. El autocentrismo le conduce a considerar que todo el mundo a su alrededor experimenta sus mismos sentimientos, reacciones y percepciones, por lo que no es capaz aún de tomar en consideración los puntos de vista de los demás, siendo muy común que se enfrasque en lo que Piaget llama "monólogos colectivos". Es decir en un grupo, los niños interactúan y hablan con mucho entusiasmo, pero sin atender ni interesarse en lo que los otros dicen o necesitan. En otros términos, no llegan a entablar una conversación o una interacción real.

A lo largo del proceso de desarrollo de la esfera psicológica la conciencia cobra mayor importancia debido a que el individuo se identifica con la mente y sus procesos de pensamiento. La esfera biológica pasa a un segundo plano aunque,

---

<sup>30</sup> Rogers. 1966.

<sup>31</sup> Fairbairn. 1952.

<sup>32</sup> Fenichel. 1945.

a diferencia de las esferas organísmico social y espiritual que aun continúan latentes, descentradas e inconscientes, ésta se encuentra en el ámbito de lo preconsciente. Es decir, está a disposición de la conciencia en el momento en que ésta lo desea o necesita, o cuando algún estímulo le lleva a darse cuenta de su organismo biológico. Por ejemplo, el niño puede estar enfrascado en tratar de resolver cuáles son las piezas que encajan en el rompecabezas que está armando, pero si en ese momento, siente un dolor de estómago, la conciencia corporal cobra primacía.

Las motivaciones que impulsan al individuo a la acción en este momento evolutivo son las que Maslow denomina deficitarias, por ser aquellas que al centrarse solamente en las carencias, mueven al individuo hacia la satisfacción de las necesidades bio-psicológicas propias de este estadio. Esto conduce a que las relaciones interpersonales que entabla posean un carácter meramente objetual.

Consideramos conveniente volver a insistir que, cuando el proceso de desarrollo sufre distorsiones, el individuo puede quedar atrapado en una etapa que no corresponde a su edad. Por consiguiente, un adulto que no ha logrado trascender la frontera de la esfera psíquica, a pesar de haber superado las limitaciones físicas y cognitivas propias de la infancia, presenta necesidades, motivaciones, actitudes, comportamientos y valores que corresponden a la esfera psíquica.

Desde la perspectiva de Teilhard, con esta fase evolutiva el ciclo de hominización-individualización se completa, iniciándose con ello el camino hacia la humanización que, en términos humanistas, se refiere al proceso de convertirse en una persona que funciona plenamente.

Entre las características propias de esta fase se encuentran: (a) La vida se centra y se rige por el principio de individuación que en esta fase tiene una fuerte influencia en la vida del sujeto. (b) El desarrollo y dominio del lenguaje, así como del pensamiento lógico y los procesos imaginativos y simbólicos que se caracterizan por acciones y operaciones mentales; el pensamiento verbal, lineal, sintáctico y realista. (c) La identificación personal pasa de ser un ego corporal a un ego psicológico racional y afectivo emocional. (d) Las necesidades más relevantes son las de identidad, seguridad, aceptación, sentido de pertenencia, adquisición del conocimiento. (e) El autocentrismo en lo que se refiere a las necesidades y motivaciones de carácter afectivo-emocional se incrementa considerablemente.

Los valores que le son propios son: El saber intelectual, la competencia (ser y sentirse competente), la productividad, el bienestar y equilibrio bio-psicológico, la autoafirmación el poder, el control y el dominio, la posesión de bienes, de servicios y de la verdad, así como el amor autocéntrico (deficitario), el reconocimiento y la interacción con grupos de pares. Locus o centro de

valoración predominantemente externa.

**Esfera Existencial.  
(Nivel Autocéntrico - Etapa Humanización).**

Regida por el principio de realidad, esta etapa comprende tres etapas evolutivas: la primera corresponde a la que Freud se refiere como "etapa de latencia" que se ubica aproximadamente entre los 8 y los 11 años. La segunda, se sitúa en la fase conocida como adolescencia que, a su vez, atraviesa por dos períodos distintos: la adolescencia temprana que se inicia con la pubertad en la que el individuo se vive dividido entre el narcisismo y el encuentro con el otro y los otros porque aún se encuentra centrada en el ego, y la tardía (entre los 17 y los 21 años) en la que estas dicotomías se van resolviendo positiva o negativamente y las polaridades van encontrando puntos de convergencia y de síntesis. La tercera etapa de este proceso, no puede ser ubicada en una edad particular por tratarse de la madurez que implica la autorrealización de las potencialidades bio-psico-sociales.

**Primera etapa. Niñez.** La esfera cognoscitiva propia de este estadio, corresponde a la fase piagetiana conocida como "operacional concreta", cuyas principales características son: (1) el reconocimiento de la estabilidad lógica del mundo físico, (2) la consciencia de que los elementos pueden modificarse o sufrir transformaciones y aún así conservan sus características originales y (3) la comprensión del principio de reversibilidad que consiste en la capacidad para manejar el pensamiento bidireccional. Cuando estos aspectos de razonamiento se logran, puede considerarse que la etapa de operaciones concretas se ha desarrollado formando un sistema completo y lógico de pensamiento que, desde luego, sigue sujeto a la realidad física. Esto significa que, la resolución de problemas que en la etapa anterior se realizaba a través del ensayo y error, ahora se aborda a través de los procesos lógicos. En este ciclo evolutivo, aún no se desarrolla la capacidad para deducir o resolver problemas hipotéticos abstractos que requieren de procesos de pensamiento más complejos y que corresponden al siguiente período evolutivo.

Las operaciones concretas de las que ahora es capaz el individuo, le permiten una interacción con el ambiente que, de acuerdo a sus resultados, provocan sentimientos de seguridad, confianza y autoestima o, en su caso, de vergüenza e inferioridad. Erikson se refiere a esto, como la fase de "aplicación vs. inferioridad. El individuo entre los siete y los doce años vive como un reto la conquista del mundo que está más allá del hogar. Los intereses de carácter social y la necesidad de descubrir su propia identidad le conducen a interactuar con personas de su edad y esta interacción le va resultando cada vez más importante y significativa. Las relaciones interpersonales se empiezan a establecer y en la medida en que éstas tienen éxito, el sentimiento de aceptación y de pertenencia a grupos extra-familiares va cobrando mayor significado y, la necesidad de pertenencia y de afiliación, se va incrementando



gradualmente. Cuando estas relaciones fracasan y el sujeto experimenta rechazo por parte de sus pares, los sentimientos de inferioridad y de devaluación influyen importantemente en su proceso de desarrollo. La ampliación del mundo social, sobre todo cuando éste resulta satisfactorio, permite al individuo una mayor independencia en relación a sus padres y a la vida familiar. Los padres empiezan a ser vistos con mayor objetividad, dejando atrás aquella imagen de semi-dioses, aunque aún continúan siendo los proveedores más importantes de atención, aceptación, aprecio y amor. Este proceso no es más que una fase previa que prepara a los individuos para enfrentarse a una de las crisis más fuertes en su desarrollo: la adolescencia.

**Segunda etapa. Adolescencia.** Corresponde a la etapa a la que Piaget se refiere como la de las operaciones formales que se caracterizan por el desarrollo de las habilidades para resolver problemas abstractos en forma lógica, para coordinar variables, desarrollar y probar hipótesis e imaginar otros mundos. El pensamiento que hasta ahora ha navegado por el mundo de los conceptos y teorías se encuentra ya capacitado para abordar el campo de la abstracción y de la ciencia. El estilo cognoscitivo es sintético-creativo-social, y el pensamiento verbal-dialogante e interrelacional. La tendencia altamente integradora del dominio personal, propia de esta fase, se encuentra motivada por un fuerte impulso hacia la formación del autoconcepto, o constelación de autoconceptos que en una palabra incluyen el extenso mundo de identificaciones parciales a las que Assagioli<sup>33</sup> denomina subpersonalidades, o a las que Loevinger<sup>34</sup> se refiere como identidades diferentes.

Es un hecho innegable que este proceso integrador puede ser obstaculizado o favorecido por el medio ambiente, que si bien ejerce una fuerte influencia en la formación del self o sí mismo, no por ello lo determina. Wilber sustenta que "Muy pocos individuos sobreviven la infancia con un ego intacto en la conciencia, o incluso parcialmente intacto, ya que a partir del momento que se establece el superego, este decide los impulsos o necesidades que serán permitidos y los que serán reprimidos"<sup>35</sup>. En otras palabras, por la influencia que la historia de vida tiene en el individuo, el *self* o sí mismo -que naturalmente tiende hacia el desarrollo pleno de su potencial- se distorsiona ante la dualidad "valoración-interna vs valoración-externa"<sup>36</sup>. provocando la represión y el desarrollo de un yo débil<sup>37</sup>, la proyección la desvinculación y alienación de los conceptos afectivos<sup>38</sup>, la formación de la polaridad persona-sombra<sup>39</sup> o apego a las etapas egóicas y pre-personales por incapacidad o miedo a correrse el riesgo de trascenderlas. La crisis provocada por la confrontación con las polaridades se trasciende, cuando la valoración interna y la externa logran integrarse a la conciencia no

---

<sup>33</sup> Assagioli. 1965.

<sup>34</sup> Loevinger. 1976.

<sup>35</sup> Wilber. 1991. p. 61.

<sup>36</sup> Rogers. 1966.

<sup>37</sup> Freud. 1967.

<sup>38</sup> May. 1969.

<sup>39</sup> Jung. 1972

como polos opuestos y contradictorios, sino como una síntesis que trasciende la dicotomía.

La adolescencia se caracteriza por una concepción lineal-histórica del tiempo en la que el pasado y el futuro adquieren mayor prolongación, así como por la búsqueda consciente de la propia identidad. El adolescente requiere una reformulación del sentido de vida que, durante su infancia, se centraba exclusivamente en su familia, especialmente en sus padres o sustitutos, así como en los juegos y en las fantasías infantiles. Por esta razón, es frecuente que se presenten comportamientos y actitudes autocentristas semejantes a los de su primera infancia. El individuo suele encerrarse en sí mismo, se aferra a sus posesiones y a su pequeño grupo de amigos íntimos. Las relaciones interpersonales se caracterizan por la posesividad y los celos que de ésta se desprenden pero, a la vez, por la emotividad que les puede conducir hasta las lágrimas al entrar en contacto con el sufrimiento de otros seres humanos y el desprendimiento que les lleva a regalar su chamarra o su disco preferido a un amigo.

El individuo en esta etapa evolutiva atraviesa por dos períodos distintos: el primero, conocido como adolescencia temprana, corresponde a la pubertad, momento en el que el niño empieza a sufrir cambios corporales y psicológicos importantes que le conducen a experimentar una ambivalencia entre el querer, en algunos momentos, seguir siendo niño y, en otros, un enorme deseo por participar en la vida del mundo adulto. En este período, el adolescente se encuentra dividido entre el narcisismo y el encuentro con el tú y los otros, entre el deseo de relacionarse heterosexualmente y el temor a ser rechazado y entre el ser él mismo o ser como los demás quieren que sea. El segundo período al que se hace referencia, corresponde a la adolescencia tardía en la cual todas estas dicotomías se van resolviendo positiva o negativamente. En el primer caso, las polaridades van encontrando puntos de convergencia y de síntesis; en el otro, al no integrarse las polaridades, surgen los apegos y fronteras que obstaculizan el desarrollo, y en casos extremos, llegan a provocar alteraciones psicológicas y patologías con diversos grados de severidad.

Wilber se refiere a este segundo período como la etapa de "síntesis parcial" debido a que cuando ésta se realiza, (a) el cuerpo vuelve a cobrar importancia e interés para la persona, (b) las necesidades psicológicas básicas: atención, aceptación, valoración y amor, resurgen con fuerza y (c) la necesidad de pertenencia a grupos sociales cobra una importancia que no se había experimentado antes. La conciencia se expande en el momento en que el adolescente se identifica como un ser bio-psico-social, logrando con ello una integración, que constituye un todo más amplio, pero aún no total. Asimismo, considera que esta etapa tiene una importancia definitiva en el proceso evolutivo. El yo empieza naturalmente a diferenciarse del proceso del pensamiento concreto y, al hacerlo, logra trascenderlo y operar sobre el mismo. Esto, postula Wilber, "...ocurre gracias a que la conciencia se diferencia del

pensamiento sintáctico, por tanto trascendiéndolo y abriendo la posibilidad de operar en el mismo"<sup>40</sup>. En otras palabras, la conciencia al trascender a la mente egóico-verbal, inicia su proceso de convertirse en una conciencia transegóica.

Como ya se ha mencionado, esta integración se realiza cuando el proceso natural de desarrollo no ha sido obstaculizado o distorsionado por la influencia que ejerce el medio ambiente en el individuo. El concepto de sí mismo (conciencia individual) se amplía al integrarse las polaridades entre las que se encuentran: cuerpo-mente, objetividad-subjetividad, lógica-intuición, sombra-persona, niño-adulto, individuo-sociedad y eros-thanatos, polaridades que se consideran naturales en etapas evolutivas anteriores, realizándose entonces la unificación de todos los niveles de conciencia previos tal y como lo describen Sullivan, Grant y Grant<sup>41</sup>.

**Tercera Etapa. Personal.** El principio de realidad cobra una nueva dimensión con la inclusión de la intencionalidad y la búsqueda de significados. Los nombres que diversos teóricos han dado a esta etapa del desarrollo son: ciclo de humanización (Teilhard); fase de integración de todos los niveles inferiores (Sullivan, Grant y Grant); individuación (Jung); autoactualización (Maslow); humanización (Freire); autorrealización (Rogers); autonomía (Fromm) y reinos centáuricos (Wilber), entre otros.

La reintegración del *self* o sí mismo se realiza en la medida en que la persona cruza por una etapa que se caracteriza por la reflexión profunda y el cuestionamiento relacionados con el sí mismo y con la realidad circundante, conduce al ser humano a identificarse consigo mismo, con su experiencia y con su existencia, así como por una búsqueda consciente de sentido y significado existencial. La significación -que no puede darse sin la reflexión y el discernimiento-, se encarna en la persona y combina todas sus formas de expresión: la intersubjetiva, la artística, la simbólica y la lingüística. Es decir, es la significación de la persona integral que incluye: su estilo de vida, sus palabras, sus hechos y acciones. Lonergan afirma que: "es solamente en el proceso de su desarrollo como el sujeto llega a hacerse consciente de sí mismo y de la distinción que existe entre él y su mundo"<sup>42</sup>. Wilber describe esta fase del desarrollo, como "una etapa de autonomía, integración, autenticidad o autoactualización, y constituye el ideal de las terapias humanístico-existenciales, o etapa `suprema´ a la que la psicología occidental ortodoxa aspira"<sup>43</sup>.

El desarrollo, en esta etapa del proceso, se caracteriza por la autoexploración, el autodescubrimiento y la autoaceptación que permite a la persona ir más allá de las fronteras de las dimensiones biológica y psicológica, trascendiendo los prejuicios, las preferencias, los roles sociales y los patrones conductuales con

---

<sup>40</sup> Ibid. p. 66.

<sup>41</sup> Sullivan, C., Grant, M.Q. y Grant, J.D.

<sup>42</sup> Wilber. 1989. p. 35.

<sup>43</sup> Wilber. 1989.

los que se encontraba hasta ese momento identificada. El individuo que se contempla a sí mismo como un ser histórico, cobra consciencia clara de que el pasado forma parte de sí mismo y que con esa experiencia y ese capital tiene que vivir y trascender. Esta historia-existencia es la tradición viviente que forma al hombre y lo conduce hasta el punto en el que la persona se hace a sí misma, se significa en base a un tiempo, a una época y a un espacio determinado. La persona, al experimentarse a sí misma operando, cobra consciencia de sí y ésta se amplía hacia una nueva dimensión más compleja, más centrada y más consciente. Cuando la experiencia, a través de la intencionalidad, pasa del mero experimentar al esfuerzo por entender lo experimentado, la conciencia misma es diferente, se contempla como parte de un todo. Rollo May<sup>44</sup> cita a Leslie Faber, quien demarca dos reinos de la voluntad el primero de los cuales consiste en una experiencia del yo en su totalidad, o movimiento espontáneo en cierta dirección determinada. En este tipo de volición, el cuerpo se mueve como un todo y la experiencia se caracteriza por su relajación y cualidad abierta e imaginativa. Esta es una experiencia de libertad anterior a toda consideración de libertad política o psicológica. Los teóricos existencialistas se refieren a esta voluntad espontánea del yo como intencionalidad que, así contemplada, presenta distintos grados dependiendo del nivel de desarrollo de conciencia en que se encuentra la persona

En la esfera personal, el mundo interno de emociones y sentimientos se transforma en un medio a través del cual la persona se relaciona no sólo con una causa o fin determinado, sino también con un objeto. Lonergan afirma que estos sentimientos son los que dan a la conciencia intencional su peso, su impulso, su movimiento y su potencia. La conquista del mundo interno de sentimientos -que la intencionalidad hace posible-, se refleja en las relaciones interpersonales que cobran un distinto significado al dejar de presentar un carácter utilitario y objetal para convertirse en promotoras del desarrollo no sólo de sí mismo, sino de los demás. El desarrollo de la libertad responsable y de la "voluntad de sentido"<sup>45</sup>, que se alcanza en esta etapa, conduce a la persona más allá del autocentrismo, de las fuerzas instintuales, de los reflejos e impulsos primarios y de los condicionamientos, permitiéndole con ello establecer un compromiso libre y responsable, tanto consigo mismo, como con el círculo social en el que se encuentra inmerso.

En la medida en que la persona va cobrando consciencia de su ser, de su existir, de su hacer en el mundo, se libera gradualmente del individualismo enajenante y de la alienación de un mundo deshumanizado que encadena a la persona a sus etapas anteriores. Es entonces cuando su capacidad de elegir responsablemente le permite responder, en lugar de reaccionar, así como de tomar en sus manos las riendas de su vida.

---

<sup>44</sup> Rollo May. 1969.

<sup>45</sup> Frankl, V. 1982.

Este ciclo evolutivo es uno de los más difíciles y en ocasiones dolorosos por las que el ser humano tiene que atravesar, porque es el momento en que se ve confrontado con la muerte, la soledad existencial, la angustia y la incertidumbre. Teilhard sostiene que “La angustia de la muerte, desconocida para el animal, se alimenta del pensamiento reflexivo”<sup>46</sup>. Rideau, en su obra, transcribe el pensamiento de Teilhard al respecto, diciendo: “El hombre (se experimenta) a cada instante desgarrado por las separaciones que pone entre los cuerpos la distancia; entre las almas, la imposibilidad de comprenderse; entre las vidas, la muerte. Cada minuto todavía, necesita gemir por no poder, en el espacio de algunos años seguirlo todo, abrazarlo todo. En fin, se inquieta incesantemente, y no sin razón ante las locas despreocupaciones o la desesperante mediocridad de un medio natural donde la mayor parte de los esfuerzos individuales parecen derrochados y perdidos, donde los golpes y los gritos parecen ser sofocados sobre el propio terreno sin despertar ningún eco”<sup>47</sup>.

En relación al tema de la muerte, A. Garza Galindo sostiene que la vida se corta transitoriamente en el plano físico por el fenómeno llamado muerte, pero ésta “... no es más que el principio de nueva vida, el paso que damos para la liberación de nuestra conciencia. No hay más que una conciencia y lo que necesitamos es ampliarla, hacer que cada vez seamos más y más conscientes, para que cuando venga no el fin, sino cuando cese nuestro paso por el mundo, sepamos cual es nuestro ser, nuestra esencia. La muerte no es ese fantasma negro y siniestro que se nos ha acostumbrado a ver con repugnancia y con horror; no, por el contrario, en ella hay que reconocer a una amiga cariñosa que nos espera... para darnos la libertad que estamos esperando... La muerte sólo trae luz a la conciencia...”<sup>48</sup>

Esta visión de la muerte no es posible cuando el medio ambiente circundante ha obstaculizado o distorsionado el desarrollo de la conciencia. La persona, al descubrirse como un ser libre, experimenta a la vez que gozo, desorientación y ansiedad, y se enfrenta con grandes dificultades para resolver las crisis que el despertar existencial trae consigo. Dificultades que le conducen a negar sus características existenciales, así como a dificultarle el reconocimiento y la aceptación consciente tanto de los nuevos retos que la vida le impone, como de la consciencia de su finitud. La consciencia de su finitud conduce al hombre a rechazar la idea de desaparecer por completo, así como a experimentar un profundo deseo de ser más que, a su vez, le impulsa a moverse más allá de sus limitaciones humanas hacia una humanización progresiva.

El despertar existencial propio de la esfera personal se caracteriza por la autoconsciencia, el descubrimiento de la libertad personal y de la responsabilidad que esta implica. La concepción del tiempo en esta fase del desarrollo, a pesar de situarse en el presente (el eterno aquí y ahora que

---

<sup>46</sup> Teilhard. 1967c. p. 215.

<sup>47</sup> Rideau. 1968. p. 218.

<sup>48</sup> Garza Galindo. 1919. p. 30.

propone el humanismo-existencial), no pierde su carácter lineal como desglose del presente. Como lo expresa Marcel, "Lo propio del hombre, en su posición fundamental es la de un ser en situación, situado y fechado. Un ser engarzado en el espacio y en el tiempo que su conciencia intencionada capta y trasciende"<sup>49</sup>. La persona en esta etapa es capaz de darse cuenta que el único creador del pasado, el presente y el futuro, es él mismo. Este despertar a la existencia le da la oportunidad de percatarse del qué, cómo, para qué y por qué de su ser y quehacer en el mundo, así como de su libertad y responsabilidad para aferrarse y permanecer en este nivel y estilo de vida o trascenderlo.

En esta fase, las dimensiones biológica y psicológica se encuentran centradas, es decir, han cobrado su justo valor y su justo lugar. La conciencia permanece aún alejada de la realidad total y la dimensión social empieza a emerger a la conciencia. Cabe señalar que si bien el ser humano es un ser social por naturaleza, no es sino hasta este momento de su desarrollo que se descubre como ser social y cobra conciencia de las implicaciones que esto tiene en su vida. Es entonces cuando la conciencia individual habiendo logrado ejecutar, como solista, su primera melodía, se integra a otros ejecutantes: duetos, tríos, sextetos y orquestas de cámara. Llega entonces el momento en que al contemplarse como integrante de la orquesta sinfónica, trasciende la frontera de los reinos centáurico-existenciales para acceder a una nueva forma más evolucionada de conciencia en la que el amor fraterno y el valor de la personalización, contemplada esta desde la óptica teilhardiana, alcanzan un significado inconmensurable.

Teilhard sostiene que la personalidad, en esta fase evolutiva, se distingue por la aparición de los primeros indicios de la socialización y se presenta como "el proceso de interiorización progresiva en el corazón de cada individuo"<sup>50</sup>. Desde esta perspectiva, lo individual y lo colectivo se refuerzan y se perfeccionan mutuamente en un proceso continuo y convergente.

El tránsito de lo individual a lo personal -si bien es considerado por Teilhard como un proceso natural- implica, por parte del individuo una opción que consiste no sólo en el acceso a las realidades y valores biológicos y psicológicos, sino también en las realidades y valores morales que conducen a la persona a reconocer su lugar en el mundo y a elegir su dirección. Desde la perspectiva teilhardiana el hombre, al formar parte del proceso evolutivo de un cosmos evolución, no alcanza la personalización, ni logra ver el punto Omega, si no es a través de la opción que hace de asociarse con otros individuos, de pasar del elemento al conjunto de un Universo en vías de concentración. En este sentido su pleno desarrollo se encuentra determinado a la opción libre que el individuo hace por ser más, por ser con el Universo, para así llegar a la última síntesis en la que "finalmente la persona es para el Todo y no el Todo para la

---

<sup>49</sup> Freire, 1973.

<sup>50</sup> Cuenot. 1970. p. 155.

persona humana<sup>51</sup>. La conciencia así contemplada, se diferencia de la fase anterior por la apertura que en esta etapa se privilegia hacia el establecimiento de relaciones interpersonales unitivas, así como por la tendencia hacia la personalización

En este ciclo evolutivo, el solista se atreve a pronunciar un tú que es un yo mismo, al percibirlo, se mira, se contempla. Confirmación del ser en el encuentro. En ese instante eterno de espejos paralelos relámpagos de miedo cruzan el firmamento más de pronto, la dicha indescriptible cuando al fin se realiza el milagro del encuentro.

Apertura lenta, dolorosa, tranquila... Liberación del ser al descubrirse en otro. Rayo de luz, reflejos de arcoiris cuando unidos el yo y el tú, descubren las cadencias de una nueva melodía.

A lo largo de esta etapa evolutiva se van presentando las siguientes características: (a) Auto-conocimiento, auto-estima, auto-directividad, auto-descubrimiento, auto-determinación, interdependencia, autonomía, creatividad, intuición, aplicación, confianza, juicio crítico, capacidad de discernimiento, motivaciones de desarrollo y búsqueda de sentido. (b) Surge el despertar existencial que se rige por los principios de realidad, intencionalidad y búsqueda de sentido. (c) Se orienta hacia el presente. (d) Se desarrolla la competencia en el manejo del tiempo. (e) Se adquiere una conciencia histórico-lineal, así como el control de sentimientos y emociones. (f) Las relaciones interpersonales cercanas, empáticas, comprometidas y congruentes que conducen a la capacidad para el contacto íntimo y la expresión de emociones y sentimientos. (g) La identidad personal se centra en una síntesis bio-psicológica, con apertura hacia el diálogo, el cambio, el aprendizaje y el encuentro con el tú y el nosotros. (h) Se va dando la integración de las polaridades femenino-masculino, bueno-malo, orientación interna-externa, razón-intuición, lo mío-lo tuyo, derechos-obligaciones, agresividad-pasividad y persona(máscara)-sombra, entre otras. (i) Se desarrollan la capacidad de abstracción y el modo de conocimiento racional-intuitivo-creativo.

Entre los valores que le son propios se encuentran: El ejercicio de la libertad responsable, la búsqueda de la verdad, la justicia, la honestidad, la congruencia, la autonomía, la interdependencia, la generosidad y la apreciación de la belleza (estética), así como la organización, la colaboración, la flexibilidad, la rectitud, el amor a la existencia de las personas significativas (amor de desarrollo), la apertura, la congruencia, la tolerancia y el respeto a si mismo y a los demás. Locus o centro de valoración pasa de lo externo a lo interno.

---

<sup>51</sup> Teilhard. 1967c. p. 56.

**Esfera organísmico-social.  
(Nivel Personal - Etapa Personalización<sup>52</sup>).**

Teilhard sostiene que a través del proceso de personalización, la individualidad decrece con la centrogénesis. Esto lo expresa diciendo: “Por el hecho de que somos seres personales hasta un cierto punto, no se demuestra que esta personalidad se encuentra acabada; ha de continuarse doblemente, en el esfuerzo que realizamos para superarnos a nosotros mismos, y para reunirnos con otros seres con los que tenemos que constituir un grado superior de personalidad, hacia la personalización”<sup>53</sup>. Ésta se realiza por medio de la compenetración con todos los otros centros personales a través del proceso de unanización y continúa en el esfuerzo consciente de superación y realización de la persona humana bajo la atracción y el influjo de la Persona divina. En este caso, no se trata ya de un proceso de individuación, sino de individualización, en el que la persona humana se experimenta desde el interior.

La esfera organísmico-social de conciencia se encuentra regida por los principios de la relación y de la voluntad buena propuesta Assagioli<sup>54</sup>. Constituye una nueva fase de síntesis en la que se realiza la integración de todos los niveles de conciencia anteriores, como lo describen Sullivan, Grant y Grant<sup>55</sup> y Fromm<sup>56</sup> que, entre otros, se refieren a ésta como la etapa de la autonomía. Durante este estadio del desarrollo evolutivo -que no es posible ubicar en alguna edad específica ya que implica el haber alcanzado un grado considerable de madurez- la persona cruza por diversos niveles de autoexploración, de autoaceptación y de autovaloración, así como de profundos cuestionamientos que tienden naturalmente a buscar un significado social a su ser y su existir.

Este estadio evolutivo, que corresponde a las operaciones concretas piagetianas, constituye el límite superior de la cognición social. La persona se da cuenta que no puede ser si los otros no son, que no puede llegar a ser mas si no es con y para los demás. En otras palabras llega a ser consciente de que si bien, a lo largo de toda su vida ha interactuado con la sociedad a partir de una actitud autocentrista, ahora, el formar parte de la comunidad humana y su participación libre y comprometida en ésta, se transforma cobrando un nuevo significado. La búsqueda -como vocación de ser- que hasta este momento se había centrado en él mismo, motivada por intereses de desarrollo personal, se trasciende para transformarse en una búsqueda social-comunitaria. Es decir, la persona cobra conciencia de que el punto de partida de la búsqueda es -o debe ser- un acto personal de la voluntad. Sin embargo, al contemplarse ahora como ser histórico

---

<sup>52</sup> La personalización en este contexto se refiere al proceso de conscientización social (ser con y para los demás).

<sup>53</sup> Ibid. p. 325.

<sup>54</sup> Assagioli se refiere a tres tipos de voluntad: la voluntad fuerte que conduce a la persona a buscar el bien individual, la voluntad buena que conduce a la búsqueda del bien social y la voluntad sabia que se dirige al cumplimiento de la voluntad divina.

<sup>55</sup> Grant y Grant. 1957.

<sup>56</sup> Fromm. 1991.



y como ser social por naturaleza, no puede realizar esta búsqueda sino a través de sus relaciones con el mundo y con la comunidad humana en su conjunto.

En esta fase evolutiva, la dimensión organísmico-social ha cobra una mayor importancia convirtiéndose en el núcleo de identidad de la persona. Asimismo, se observa que las dimensiones biológica y psicológica se encuentran claramente centradas y ordenadas, quedando aún por descubrirse la dimensión espiritual y, por lo tanto, por realizarse las potencialidades y valores que corresponden a ésta. En este sentido, Victor Frankl, sostiene que no es posible concebir el fenómeno de la conciencia solamente a partir de su dimensión psicológica, ya que ésta no podrá comprenderse cabalmente si no se parte de la trascendencia. Este pensamiento lo expresa, con cierto sentido del humor, diciendo: “Del mismo modo que el ombligo humano considerado por sí mismo no parecería tener sentido, porque ha de entenderse solamente a partir de la prehistoria del hombre..., así también la conciencia sólo puede entenderse en su sentido pleno cuando la concebimos remitiéndola a un origen trascendente”<sup>57</sup>. La trascendencia, en este contexto, se refiere al acto a través del cual la conciencia personal va más allá de sí misma, elevándose a un nivel más centrado, más complejo y más consciente. Este acto, implica la superación de los apegos a través del desasimiento y la desidentificación, con el objeto de alcanzar la perfecta unión de la propia voluntad con la voluntad del Ser Esencial. Anthony de Mello se refiere al desapego cuando dice; “La música necesita de la oquedad de la flauta; las cartas, de la blancura del papel; la luz, del hueco de la ventana; la santidad, de la ausencia del yo”<sup>58</sup>.

Durante esta fase del desarrollo que, como ya se ha mencionado, no es posible ubicar en alguna edad específica debido a que implica el haber alcanzado un grado considerable de madurez, la persona cruza por diversos grados de autoexploración, de autoaceptación y autovaloración, así como de profundos cuestionamientos de índole existencial y filosófico, de una búsqueda seria de significados y del sentido de la existencia a los que Wilber denomina bandas sociales. Desde la óptica teilhardiana, en este estadio evolutivo se completa el ciclo de personalización y la conciencia se dirige hacia el ámbito de lo ultrahumano que, en sus propias palabras, se refiere a “... la realidad de una prolongación más allá del Hombre, del proceso de la Evolución”<sup>59</sup>.

Las características que distinguen a esta etapa evolutiva son: (a) Incremento de la auto-consciencia que conduce a la trascendencia del ego, la desapego, la transparencia, la interdependencia y la apertura al cambio, a la experiencia y al cambio. (b) La sinergia, la significación que combina todas las formas de expresión: intersubjetiva, artística, simbólica, científica y lingüística. (c) La disolución de las polaridades nosotros-los otros, ser-tener, autocentrismo-alterocentrismo, personal-comunitario y ser biopsicológico-ser social, entre otras

---

<sup>57</sup> Ibid. 59.

<sup>58</sup> De Mello. 1989.

<sup>59</sup> Teilhard. 1967c. p. 291.

que conduce a: una interacción consciente con el mundo las relaciones interpersonales solidarias que implican el ser con y para los demás, la trascendencia del deseo de control y de dominio sobre los demás, la solidaridad en la que el compartir se convierte en motivo de alegría, un marcado interés y compromiso abierto por la búsqueda de la justicia social, la trascendencia de las barreras sociales a través de las actitudes de aceptación positiva incondicional, empatía y congruencia, que conducen a la disolución de fronteras entre los distintos sectores socio-económico-culturales, los políticos e ideológicos, entre las razas y creencias, así como la significación de los valores sociales que en otro momento fueran contemplados como obligaciones y condiciones que la sociedad impone y/o motivados por las necesidades de aceptación y pertenencia, conduce a que estos se asuman como propios, cobrando un sentido que va más allá de lo meramente personal y la capacidad de amar se expande hasta abrazar a la humanidad entera.

Los valores que se desarrollan en esta fase son: Búsqueda consciente de la libertad, la justicia social, la solidaridad, la bondad, la armonía, la voluntad de sentido comunitario, la coordinación, la simplicidad, la equidad, la compasión, el conocimiento, el amor fraterno incondicional, la responsabilidad y compromiso social, así como el desarrollo de actitudes de servicio basadas en la igualdad, la equidad, la pluralidad, la flexibilidad y un profundo respeto por la dignidad inalienable del ser humano. Esta etapa se distingue por el desapego, la búsqueda del bien común, y el respeto y amor a la naturaleza.

**Esfera transpersonal-espiritual.  
(Nivel Transpersonal - Etapa Planetización<sup>60</sup>).**

La esfera transpersonal de conciencia, se rige por el principio de la comunión (común unión) y del amor fraternal. Se constituye como la residencia de los valores universales, de las aspiraciones más elevadas y de las causas más nobles, precisamente porque es la dimensión que penetra en los dominios espirituales de la naturaleza humana. En esta fase, la persona ha alcanzado el nivel más elevado de conciencia en el que el potencial propio de las dimensiones bio-psico-sociales y espirituales se desarrollan a lo largo de un proceso evolutivo inclusivo y ascendente. Gradualmente se han venido integrando y trascendiendo los procesos de las esferas sensoriales, cognoscitivas, afectivo-emocionales y sociales, así como las distintas etapas del desarrollo de la conciencia. Los horizontes de cada esfera se han ido relacionado en etapas sucesivas de un mismo proceso. Lonergan expresa esta idea de la siguiente manera: "Cada etapa ulterior presupone etapas anteriores, en parte para incluirlas y en parte para transformarlas. Precisamente porque las etapas son anteriores y posteriores, no hay dos que sean simultáneas. Son partes, no de un único mundo colectivo, sino de una única biografía o de una

---

<sup>60</sup> La planetización se refiere al reconocimiento y aceptación de ser un microcosmos que forma parte y participa del Macrocósmos.

única historia.... Todo aprendizaje es, no una mera adición que se hace a lo anteriormente aprendido, sino más bien el crecimiento orgánico de lo que habíamos aprendido"<sup>61</sup>. Para Teilhard, esta esfera se ubica en el ciclo de la planetización a través del cual las diversas razas y civilizaciones del Hombre se sintetizan y llegan a constituirse en un todo orgánicamente ligado en el que convergen las diversas aportaciones espirituales entrando así en el ámbito de lo ultrahumano. Al referirse a la planetización Teilhard se expresa diciendo: "Para que los hombres sobre la Tierra, sobre toda la Tierra, puedan llegar a amarse, no basta que unos y otros se reconozcan como elementos del mismo *algo* ; sino que es preciso que, al 'planetizarse', tengan conciencia de estarse convirtiendo, sin confundirse, en un mismo *alguien*"<sup>62</sup>.

Esta fase del proceso nos presenta una perspectiva en la que las dimensiones que conforman la naturaleza humana en toda su complejidad se encuentran perfectamente centradas. Existe aún una frontera muy tenue entre la conciencia transpersonal y la Conciencia Unitaria o Total. Esta se refiere a que la persona que ha alcanzado este nivel de desarrollo, se contempla separada de su origen, del Omega, del cual es testigo. No se experimenta en unión con el Todo, ni como parte o partícipe de la Totalidad. Esto significa que no se ha despertado al ser que se es en esencia, por lo que la dualidad ser y Ser permanece. Así contemplada, la esfera transpersonal se caracteriza por la percepción global u holística, la trascendencia de lo temporal y lo espacial, así como el desapego del egocentrismo que se manifiesta a través de las metanecesidades y metamotivaciones. Se constituye como el testigo, observador del ser y del Ser. En esta etapa se alcanza la plena realización del potencial propio de la naturaleza humana que llega a su máxima expresión en el momento en que al despertar a la unidad<sup>63</sup> se funde, sin confundirse, con el ser esencial que es su origen.

Son muchos los teóricos de las ciencias humanas que describen las características de las personas que han despertado a la conciencia transpersonal. Entre ellos, se encuentran: Lonergan<sup>64</sup> quien apunta que son personas para quienes el proceso personal, al igual que el social-comunitario se contempla como un movimiento constante y dinámico en el que se presentan elementos de progreso y de involución, pero que en cada giro de la espiral, la conciencia se expande. Mantienen un espíritu crítico para examinar sus respuestas intencionales y sus actitudes con relación a los valores y su jerarquización y permanecen abiertos a la experiencia y al diálogo en una actitud constante de aprender a aprender de los demás, de la situación, del momento. La vida de estas personas se caracteriza por una entrega total, incondicional y permanente, abierta al encuentro consigo mismo, con los demás, con el mundo y con el universo y su vocación hacia la santidad es inevitable. Son seres

---

<sup>61</sup> Ibid.

<sup>62</sup> Teilhard. 1967. p. 294.

<sup>63</sup> Ibid.

<sup>64</sup> Lonergan, 1980.

enamorados de lo ultrahumano. Freire sostiene que "la `hominización´ se opera en el momento en que la conciencia gana la dimensión de la trascendentalidad. En ese instante, liberada del medio envolvente, se despegas de éste, lo enfrenta en un comportamiento que la constituye como conciencia del mundo"<sup>65</sup>. Por lo tanto, la persona en este estadio evolutivo ha aprendido a desapegarse o desidentificarse de los elementos que lo encadenan a etapas anteriores; ha aprendido a expresarse, expresando el mundo; se ha encontrado a sí mismo y ha descubierto su palabra, palabra viva y dinámica, que dice y transforma el mundo. Rogers<sup>66</sup> señala las cualidades de lo que él llama una persona de múltiples facetas, diciendo: experimentan un profundo deseo de autenticidad; una clara indiferencia por los bienes materiales; un interés genuino por ser útil a los demás; una búsqueda consciente de nuevas formas de convivencia más comprometidas en el deseo de un mayor acercamiento e intimidad; un sincero deseo de explorar el universo interior y de mirar hacia adentro. Viven en armonía y equilibrio con la naturaleza y otorgan a la ciencia su justo valor y lugar. Tienen una conciencia clara de que se encuentran en continua progresión y cambio y una confianza plena en sí misma y en su capacidad de juicio crítico. Para Maslow<sup>67</sup>, las personas que se autorrealizan son más maduras, más plenamente humanas y adecuadamente gratificadas en cuanto a sus necesidades básicas. Se encuentran motivadas en otros sentidos superiores, a los que este autor se refiere como "metamotivaciones". La persona autorrealizante incluye en su conciencia no sólo los valores intrínsecos o instintivos de su naturaleza, sino los valores del ser, o valores supremos a los que Maslow denomina "Valores S". Fromm<sup>68</sup> considera que "el hombre nuevo" como él se refiere a las personas que han alcanzado este nivel de desarrollo, presenta una muy buena disposición a renunciar a todas las formas de tener para poder ser realmente, así como un sentimiento profundo de identidad, seguridad y confianza basados en la fe en lo que realmente es y en el anhelo por relacionarse, interesarse, amar y solidarizarse con el mundo. Es un ser que vive la alegría de dar y compartir, de amar y respetar la vida en todas sus manifestaciones, que percibe la unión con la vida renunciando a la meta de someter, explotar, violar y destruir a la naturaleza y sabe que el mal y la destrucción son producto de la falta de desarrollo. González Garza<sup>69</sup>, al describir las características propias de la persona que ha alcanzado este nivel de desarrollo, sale de sí misma para ser con el mundo de una manera suprasensorial y supraintelectual, integra una jerarquía valoral personal en base al significado que ha descubierto en los valores más elevados del ser, se experimenta como testigo-observador y partícipe de la totalidad o esencia original y rige su ser y quehacer en el mundo por el principio de la espiritualidad en el que la dignidad moral es asumida significativamente. Su vida es un proceso continuo de síntesis de polaridades, se encuentra desapegado de los elementos de las dimensiones anteriores, sin ignorarlos, rechazarlos o negarlos sino otorgándoles su justo lugar y valor y

---

<sup>65</sup> Freire. p. 25.

<sup>66</sup> Rogers 1977. pp. 235-244.

<sup>67</sup> Maslow. 1982.

<sup>68</sup> Fromm. 1991. p.64.

<sup>69</sup> González Garza. 1989.

contemplándolos como instrumentos al servicio del ser que se realiza. Sus relaciones interpersonales son comprometidas, solidarias y significativas, sus motivaciones tienden hacia la realización del ser que es en esencia y posee la capacidad y la apertura suficiente para despertar a la Conciencia de Unidad.

De lo anterior, se desprende la hipótesis de que la plena realización implica la trascendencia de las fronteras que dividen al ser humano e impiden su desarrollo. Este proceso requiere de la desidentificación (desapego) de las cadenas que esclavizan al ser humano, con el objeto de trascender en la escala de las etapas y niveles de conciencia propios de la naturaleza humana. Cuando a lo largo del proceso evolutivo de la conciencia el ser humano permanece apegado a alguna de sus etapas de desarrollo y no logra integrarlas y trascenderlas, nos encontramos con individuos que pueden tener cuerpo de adulto, pero viven y se relacionan como niños o adolescentes. Desde la óptica wilberiana<sup>70</sup>, esta esfera de conciencia a la que ubica en los reinos sutiles, se contempla como aquella en la que se da la identificación con el testigo-observador, sus principales características son el ser trans-temporal, trans-espacial, trans-racional, trans-mental, trans-empírica. Trasciende todos los objetos particulares: físicos, mentales, emocionales y sociales, así la sombra y la persona. Consiste en la recuperación de la intuición fundamental y experimenta un profundo sentimiento de unidad con la comunidad humana. Es la consciencia un ser en proceso que posee un espíritu auto-crítico, apertura al cambio, entrega total, incondicional permanente consigo mismo y con el universo. Al despertar al Omega, la conciencia transpersonal se expande descubriendo la esfera de lo trascendente, en la que se realiza el misterio de la unidad en la multiplicidad que plantea Teilhard de Chardin<sup>71</sup>. La unión total de lo uno y lo múltiple, sostiene este pensador, es posible, en la medida en que el hombre habiendo adquirido una identidad personal, es capaz de trascenderla para abrazarse al todo, tal y como lo propone Santa Teresa de Jesús en su obra "Camino de Perfección".

### **Esfera Trascendente. (Nivel Unitario - Etapa Omegalización<sup>72</sup>).**

Al llegar a este punto, el proceso evolutivo de la conciencia humana alcanza su plena realización cuando, al descubrir al Omega, se diluyen todas las fronteras y las polaridades, desapareciendo con ello todos los umbrales infranqueables.

Entre las características más relevantes se encuentran: (a) Esta fase evolutiva se rige por los principios de unidad y amor trascendente. (b) Concepción circular del tiempo. (c) Relaciones interpersonales compasivas y amorosas. (d) Se experimenta profundamente la congruencia, la autenticidad, el desapego de los

---

<sup>70</sup> Wilber. 1989.

<sup>71</sup> Teilhard. 1971. p. 153.

<sup>72</sup> La Omegalización se refiere al despertar de la conciencia a su verdadera esencia, a la Realidad Última.

intereses personales, así como el sentimiento pleno de unidad con la comunidad humana. (e) Una apertura a la unidad que trasciende lo individual y lo social y la conecta con el mundo que está más allá del tiempo y el espacio convencionales. Identificación con la dimensión espiritual (ser espiritual). (f) Surge la disolución total de las polaridades y dicotomías y el interés por explorar el universo interior, la armonía y el equilibrio con la naturaleza. (g) Se desarrollan el espíritu auto-crítico, la apertura al cambio, la entrega total, incondicional, permanente consigo mismo y con el universo. (h) Se alcanza una integridad moral significativamente asumida, la transparencia y el amor espiritual, así como un alto nivel de responsabilidad. (i) La conciencia se abre al despertar de la dimensión espiritual. recuperándose con ello la intuición fundamental. (j) La vida y la muerte se conciben como un proceso unitario. (k) El conocimiento se trasciende y se transforma en sabiduría. (l) Se experimenta una profunda alegría en dar, en compartir y amar a la vida en todas sus manifestaciones, así como una vocación hacia la unidad, la santidad, el amor ultramundano y la liberación de todas las ataduras.

Esta última fase evolutiva se distingue por los valores universales o valores del ser entre los que se encuentran: el amor trascendente, la dignidad, el compromiso, la justicia, la equidad, la libertad interior, la solidaridad, la lealtad, la bondad, la integridad, el respeto, la responsabilidad, la sinceridad, la tolerancia, la valentía, la congruencia, la empatía y la transparencia.

La cúspide de la evolución de la conciencia humana se ubica en el momento del despertar a la Conciencia trascendente, a la que se contempla como el origen y el fin de todo lo creado, el Omega de todos los omegas, la Yoidad, el Ser Esencial o la Realidad Última que antecede a toda esfera epistemológica y a la que el ser humano tiende de manera natural desde su nacimiento. Constituye la esencia del ser, la quintaesencia que integra en sí todas las dimensiones, los estados y niveles de la conciencia humana. Es la conciencia natural que habita en el interior del hombre y permanece en espera de ser descubierta. San Agustín expresa este pensamiento cuando se expresa diciendo: “No vayas afuera; vuelve a ti mismo; en el hombre interior habita la verdad; y si hallas que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo. Mas acuérdate, cuando la trasciendes, que trasciendes tu misma alma razonadora. Tiende, por tanto, allá, donde se enciende la luz de la razón”<sup>73</sup>.

Como ya se ha mencionado anteriormente, la Conciencia Trascendente es, por definición, indefinible e inefable, por lo que solamente puede llegar a conocerse a través de la descripción de sus características. Wilber la describe como la esencia del ser, la quintaesencia que integra en sí todas las dimensiones, los estados y niveles de la conciencia humana. Es la conciencia natural que habita en el interior del hombre y permanece en espera de ser descubierta.

---

<sup>73</sup> Citado en: Torre F., Zarco y De Santiago. 1978. p. 73.

En este proceso evolutivo de la conciencia, sostiene Teilhard, el ser humano se ve impulsado por la energía espiritual cuya manifestación más intensa y pura es el amor. Este le conduce hacia la convergencia planetaria que alcanza su plena realización en el Punto Omega. Partiendo de la tesis de que la unión personaliza, Teilhard sostiene que el papel de las fuerzas del amor cobran, en esta etapa, una importancia vital, ya que éste es el vínculo por excelencia que reúne a las personas por el centro de sí mismas.

En este momento, la conciencia alcanza su plenitud y su máxima realización al fundirse, sin confundirse en el Omega, Punto en el que se resuelve el misterio de la unidad en la multiplicidad. Este misterio, desde la perspectiva teilhardiana, consiste en que esta convergencia de granos de conciencia no implica la unión-fusión de todas las conciencias. Es decir, no significa que éstas, como granos de sal, se funden y se disuelven en el mar, sino que se trata de una unión-diferencia, en la que las conciencias no se pierden sino que continúan existiendo como individualidades múltiples en una síntesis de centros que alcanzan en el Todo su máximo desenvolvimiento. Desde esta perspectiva, la aparición del hombre sobre la tierra, permite que la evolución siga su proceso cósmico. Gracias a él, la ascensión de conciencia -movida por el amor-, continúa más allá de sí misma hacia una síntesis ultrahumana, entendida ésta como el estadio evolutivo de la humanidad que planetizada y unanimitada se trasciende a sí misma en el plano afectivo y en el reflexivo, descubriendo cada vez más su centro Omega. La conciencia vuelve a su Origen con consciencia y con base en su opción fundamental libremente elegida. Las dimensiones bio-psico-social y espiritual se encuentran perfectamente centradas, sin barreras que las separen ni polaridades que se opongan sino en una exquisita unión con lo Absoluto.

En este mismo sentido, Einstein, hombre de ciencia y de espiritualidad, consciente de su necesidad de saber más y de ser más, así como de su responsabilidad en el progreso universal, se expresa diciendo:

“El ser humano, es parte del todo al que llamamos universo, una parte limitada por el espacio y el tiempo. Él se experimenta a sí mismo, a sus pensamientos y sentimientos, como algo separado de todo lo demás -una especie de ilusión óptica de su propia conciencia. Esta ilusión es nuestra prisión, restringe nuestros deseos personales y nuestros afectos se limitan a aquellas pocas personas que se encuentran cerca. Nuestra tarea debe ser liberarnos de esa prisión a través de la expansión de nuestro círculo de compasión hasta abrazar todos los seres vivos y toda la naturaleza”<sup>74</sup>.

Teilhard sostiene que el amor constituye la energía que une lo diverso y lo convierte en universo, tiene su origen en el Foco Divino, que activa la unión de persona a persona, de centro a centro, sin por ello llegarse a confundir con sus influencias y efectos afectivo-emocionales. El amor, así contemplado, es la substancia misma de la unión creadora y el signo palpable de la convergencia

---

<sup>74</sup> Einstein. 1934. p. 43.

del universo; la forma más sublime de la energía humana en la que la noosfera manifiesta un estado general y nuevo en la que el amor no solamente reúne las dimensiones psicológicas del mundo, sino que va más allá al cobrar conciencia de un Omega en el que la Teosfera<sup>75</sup> hace su aparición. Teilhard postula que el amor divino es el que abre la brecha por la que éste penetra al corazón humano y afirma que, así como no existe más que una única Materia creada para sostener el crecimiento sucesivo de la Conciencia en el Cosmos, no existe sino “... *un sólo sentimiento fundamental* en la base de todas las místicas, a saber: *El amor innato de la persona humana, extendido a todo el Universo*”<sup>76</sup>.

Este proceso, como se ha mencionado anteriormente, si bien es natural, no evoluciona por sí mismo. Para llegar a su pleno desarrollo, requiere de la consciencia, la voluntad, la intencionalidad, la opción libre y el compromiso de cada ser humano para alcanzar su plena realización. Teilhard expresa al respecto: “el mundo donde el hombre nace y donde cada hombre sigue naciendo, es ya *sentido*, al menos progreso de sentido. En cuanto al hombre, enraizado en lo eterno, antes de estarlo en el mundo, es dado a sí mismo como sentido, como espíritu orientado hacia lo absoluto y llamado por el Absoluto”.<sup>77</sup>. Sin embargo, este sentido está por inventarse o desarrollarse y el hombre es el único responsable de sí mismo, el hombre está totalmente encargado de su edificación. Es decir, el sentido inicial está sin concluir, la libertad humana permite al hombre irse complementando en el tiempo tanto individual como colectivamente a través de las mediaciones de su existencia, “hasta que haya inventado y descubierto el sentido total del ser, transformando con este mismo hecho el mundo, a fin de darle un sentido total”.

### **El Gran Final.**

El último movimiento al que he denominado La Sinfonía Universal consiste en la expansión de la conciencia en la que ésta despierta a la Esfera de lo Trascendente, en la que se realiza la unión total de lo Uno y lo múltiple. Esto es posible en la medida en que el ser humano habiendo adquirido una identidad personal, es capaz de trascenderla para abrazarse al Todo, como lo propone Santa Teresa de Jesús en su obra “Camino de Perfección”. Al llegar a este punto, el proceso evolutivo de la conciencia humana alcanza su plena realización cuando, al descubrir al Omega, se diluyen todas las fronteras y las polaridades, desapareciendo con ello todos los umbrales infranqueables.

El siguiente esquema presenta una visión de la Espiral de la Conciencia en la que se puede ver que, el proceso evolutivo se inicia en el Alpha, Origen primario de la conciencia que, en su manifestación humana, comienza en el momento de

---

<sup>75</sup> La Teosfera es contemplada por Teilhard como el medio divino totalmente realizado al fin de los tiempos y cuya esencia puede expresarse a través de dos procesos: en primer lugar, la concentración del Universo en un Centro último; en segundo lugar, la irradiación del Centro último a través del Universo entero.

<sup>76</sup> Ibid. p. 177.

<sup>77</sup> Rideau. 1968. p. 221.



la concepción, para continuar ascendiendo por la espiral hasta la plena realización en el Omega.

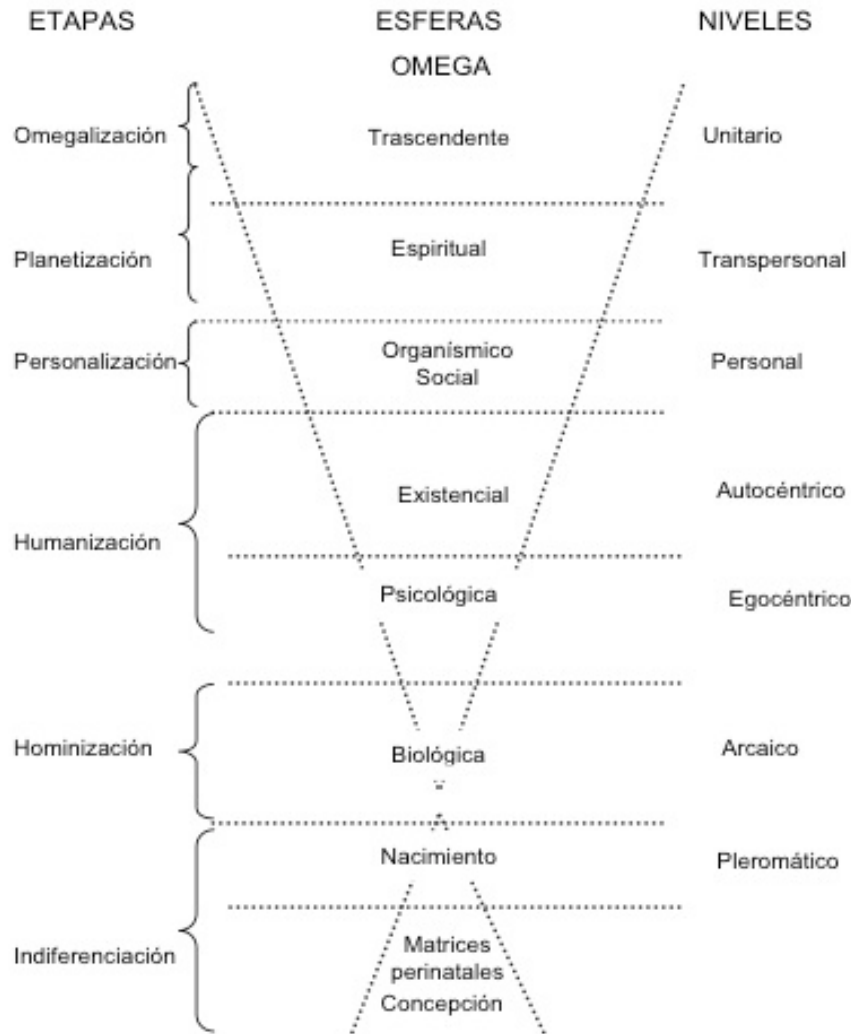


Fig. 1

Como puede observarse, las líneas punteadas diagonales señalan los fronteras existentes entre el mundo del ser y el mundo del no-ser y, las horizontales marcan los confines entre un nivel de desarrollo y el subsecuente. Al presentar estas divisiones con líneas punteadas se pretende transmitir el mensaje de que éstas son flexibles y permeables, de tal suerte que no se vean como barreras infranqueables sino como fases de un proceso integrador. En este esquema se pueden advertir los diversos niveles de identidad por los que la conciencia humana atraviesa a lo largo de su proceso evolutivo. Estos representan realidades observables que pueden ser detectadas y verificadas por el propio individuo. El tránsito de un nivel de identidad a otro, corresponde a un aprendizaje significativo que conduce a la expansión la conciencia. Las fronteras que separan las diversas esferas de conciencia constituyen los límites que el

propio individuo establece con respecto a su autoidentidad. Por consiguiente, conforme ésta avanza en su proceso, tiene acceso no sólo a las esferas que ha integrado y trascendido, sino a nuevas formas de conciencia más evolucionadas.

No resisto la tentación de terminar con un canto al abuelo quien, a pesar de haber abandonado su vehículo físico cuando tenía yo apenas seis años, dejó en mis genes, en mis recuerdos, en sus valiosos escritos y muy profundamente arraigada en el alma una semilla que siento florecer día a día y que me lleva a no poder quedarme sin compartir sus incipientes flores y frutos.

!!!Qué razón tenías Abuelo!!! Hoy comprendo tantas cosas que a lo largo de años permanecían como misterios impenetrables... Experimento un nuevo modo de ser que me permite vibrar al unísono de mi hermano el hombre, de la naturaleza, del mundo, del universo y emocionarme hasta las lágrimas al descubrir el infinito poder del Amor.

Hoy comprendo que hay mundos que no pueden compartirse porque el lenguaje limita la experiencia. Aurora envuelta en colores de arcoiris... Sinfonía que entreteje los sonidos del Cosmos.

Voy de regreso a casa, aquella que tu ahora habitas. Lugar en el que el yo unificado se transforma en Luz... Despierta la conciencia trasciende el pensamiento, conoce del amor, de la vida y de la muerte... va más allá de todo dolor, de todo sufrimiento.

Inmersa en la Conciencia, en esa danza armónica de esencias que son una, logré penetrar en la dorada estrella. Aquella estrella, abuelo, que en mi infancia me regalaste un día.

Estrella, Conciencia Trascendente !Cuán profunda eres! No sé de quien has nacido más pienso que por siempre has existido en la Mente del Creador. Aquel a quien se mira y no se ve... Aquel a quien se escucha y no se oye... Aquel a quien se toca y no se siente... Eterna presencia sin forma y sin nombre... Misterio inaprehensible... Eterno comienzo del principio.

Al despertar, el cosmos estalla en luz, sinfonía de colores, de instrumentos, de voces en perfecta armonía. La cadencia de las notas y sonidos combinados en uno sólo me estremece, me conmueve... Una corriente poderosa se eleva en el alma conformando un núcleo de amor en el que se concentra la expresión unificada de lo Uno y de lo múltiple La orquesta trasciende las fronteras de la multiplicidad. Vibra con los ritmos del cosmos. Los instrumentos de aliento, cuerda, percusiones y metales se entrelazan con voces, en un continuum sin tiempo y sin espacio que va más allá de las estrellas. En el encuentro se descubren las melodías, las voces, la expresión del Ser que hace vibrar las más profundas fibras del alma. Siento la presencia de un poder sagrado que genera la música y la

difunde por todo mi ser, buscando una salida... una explosión de amor por siglos contenido.

Al descubrir al Ser y amarlo en el silencio, experimento asombro y me extasío ante el milagro del encuentro, ante el abrazo de lo Uno y de lo múltiple en el que el Universo entero se congrega. Entonces, la orquesta cósmica, bajo la batuta celestial del prodigioso Director del universo, eleva su infinita sinfonía.

Termino con una cita de Teilhard que al referirse al amor se expresa diciendo:

“Sólo el amor, por la sencilla razón de ser el único que toma y reúne a los seres por el fondo de sí mismos, es capaz -y este es un hecho de la cotidiana experiencia- de dar plenitud a los seres, como tales, al unirlos. Y, en efecto, ¿en qué momento llegan a adquirir dos amantes la más completa posesión de sí mismos, sino aquel en el que se proclaman perdidos el uno en el otro? Y, en verdad, el gesto mágico, el gesto, considerado como contradictorio, de ‘personalizar’ totalizando, ¿no lo realiza el amor en cada momento y a nuestro alrededor, en la pareja y en el equipo? Y lo que ahora realiza de una manera así cotidianamente a una escala reducida, ¿por qué no lo repetiría un día a las de las dimensiones de la Tierra? La Humanidad, el Espíritu de la Tierra, la Síntesis de los individuos y de los pueblos, la paradójica Conciliación del Elemento y el Todo, de la Unidad y de la Multitud: para que estas cosas, consideradas utópicas y, no obstante biológicamente necesarias, lleguen a adquirir cuerpo en este Mundo ¿no sería suficiente que imagináramos que nuestro poder de amar se desarrolla hasta abrazar a la totalidad de los hombres y de la Tierra”<sup>78</sup>.

En este texto, tan breve como bello, Teilhard presenta una síntesis de lo que el amor humano es capaz de realizar a la luz del Omega. A lo largo del proceso evolutivo, la energía humana tiene el potencial y la capacidad para ir mucho más lejos de lo meramente biológico y psicológico, pasando por toda una gama de expresiones amorosas que culminan en un gesto único de comunión. Es frecuente imaginar que el amor se agota en sus diversas formas naturales como son amar a la pareja, a los hijos, a la familia, a los amigos y, en ocasiones, al país. Sin embargo, esta lista se extiende hasta el infinito cuando se abre a la pasión más fundamental que es aquella en la que todas las fibras de lo real convergen -sin llegarse a confundir- en un Conciencia universal en la que no existe sino “... *un sólo sentimiento fundamental* en la base de todas las místicas, a saber: *El amor innato de la persona humana, extendido a todo el Universo*”<sup>79</sup>.

---

<sup>78</sup> Teilhard. 1996. p. 117.

<sup>79</sup> Ibid. p. 177.

**Referencias bibliográficas.**

- Amazihuatl. (1992). El ideal del ser humano. En Xipe Totek. Rev. del Instituto Libre de Filosofía y Ciencias, A. C. y del Centro de Reflexión y Acción Social, A. C. Vol. I, N°3, Guadalajara, Jal.
- Areti, S. (1967). The intra-psychic self. Nueva York: Basic Books.
- Assagioli, R. (1980). Psicósíntesis, la armonía de la vida. México: Diana.
- Assagioli, R. (1988). Sviluppo transpersonale. Roma: Casa Editrice de Astrolabio.
- Bertalanffy, L. Von. (1964). "The mind-body problem: a new view". Psychosomatic Medicine, Vol. 26, N° 1.
- Cuénot C. (1970). Nuevo léxico de Teilhard de Chardin. Madrid: Taurus.
- Einstein, A. (1934). On scientific truth. En Essays in Science. Nueva York. Philosophical Library.
- Erikson, E. (1963). Childhood and society. Nueva York: Norton.
- Fairbairn, W. (1952) Psychoanalytic studies of the personality. Londres: Tavistock.
- Fenichel, O. (1945). The psychoanalytic theory of neurosis. Nueva York: Norton.
- Frankl, V. (1982). EL hombre en busca de sentido. Barcelona: Herder.
- Freire, P., Fiori, H. y Fiori, J.L. (1973). Educación liberadora. Madrid: Zero.
- Freud, S. (1967). Obras completas. Vol. II, Cap. 9. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fromm, E. (1991). La búsqueda de la libertad. En Jordi Pigem. (Ed.) Nueva conciencia. Barcelona: Integral.
- Gardner, H. (1972) The quest for mind. Nueva York: Vintage.
- Garza Galindo, A. (1919). Conferencia. Sociedad Mexicana de Teosofía. (Inedita). p. 30.
- González-Garza, A. M<sup>a</sup>. (1991). Enfoque centrado en la persona: aplicaciones a la educación. México: Trillas.
- González-Garza, A. M<sup>a</sup> (1991). El niño y la educación. México: Trillas.
- González-Garza, A. M<sup>a</sup> (1991). El niño y su mundo. México: Trillas.
- González-Garza, A. M<sup>a</sup>. (2005). Colisión de Paradigmas: Hacia una psicología de la conciencia unitaria. Barcelona: Kairós.
- González-Garza, A. M<sup>a</sup>. (2009). Educación Holística. La pedagogía para el Siglo XXI. Barcelona: Kairós
- Grant, M.Q. & Grant, J.D. (1957). The development of interpersonal maturity. Psychiatry. Vol. 20.
- Jung, C.G. (1972). The portable Jung. en Campbell, J., (Ed). Nueva York: Viking.
- Loevinger, J. (1976). Ego development. San Francisco: Jossey-Bass.
- Loneragan, B. (1988) El método en teología. Salamanca: Ed. Sigueme.
- Mahler, M., Pine, F., & Bergman, A. (1975). The psychological birth of the human infant. New York: Basic Books.
- Maslow, A. (1982). La amplitud potencial de la naturaleza humana. Barcelona: Kairos.
- Maslow, A. (1973 y 1979). El hombre autorrealizado. Barcelona: Kairos.
- Maslow, A. (1954). Motivation and personality. Nueva York: Harper.
- May, R. (1969). Love and will. Nueva York: Norton.
- Mello, A. de (1989). Revelación. Argentina: Editorial Lumen.
- Mello, A. de. (1991). ¿Quién puede hacer que amanezca? Santander: Sal Terrae.
- Neumann, E. (1973). The origins and history of consciousness. Princeton: Princeton Univ.
- Piaget, J. (1951). The child's conception of the world. Londres: Humanities Press.
- Piaget, J. (1954). The construction of reality in the child. Nueva York: Basic Books.
- Rogers, C. (1961). On becoming a person. Goston: Houghton Mifflin.
- Rogers, C. (1966). Psicoterapia centrada en el cliente. Buenos Aires: Paidós.
- Rogers, C. & Rosenbaum. (1977). La persona como centro. Barcelona: Herder.
- Rideau, E. (1968). El pensamiento de Teilhard de Chardin. Barcelona: Ediciones Península.
- Sullivan, C., Grant, M.Q. y Grant, J.D. (1953). "The development of interpersonal maturity". Psychiatry, Vol. 20.
- Teilhard de Chardin, P. (1967). El fenómeno humano. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1967c). La Activación de la energía. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1971). Himno del Universo. Madrid: Taurus. (1996).
- Torre F., Zarco y De Santiago. (1978). Filosofía del hombre y de la sociedad. México: Esfinge.

- Wilber, K. (1985). La conciencia sin fronteras. Barcelona: Kairós.
- Wilber, K. (1989). El proyecto atman. Una visión transpersonal del desarrollo humano. Barcelona: Kairós.
- Wilber, K. (1990). El espectro de la conciencia. Barcelona: Kairós.
- Wilber, K. (1991). Los tres ojos del conocimiento. La búsqueda de un nuevo paradigma. Barcelona: Kairós.